Dionisio Byler

Entre **Josué y Jesús**

El sentido de la historia del Antiguo Testamento



ENTRE JOSUÉ Y JESÚS

Entre
Josué y Jesús

El sentido de la historia del Antiguo Testamento

Dionisio Byler


Biblioteca Menno

Biblioteca Menno
Secretaría de AMyHCE
www.menonitas.org

ISBN: 978-1517112530

Contenido

Prólogo

La posición que defiende la resistencia no violenta contra el mal, tiene contestación fácil con tan sólo enumerar el largo listado de grandes héroes militares de la historia de Israel que trae el Antiguo Testamento.

Como en tantas otras cuestiones, el lugar desde donde se empieza, las inquietudes y preguntas que despiertan el interés, tienden a predeterminar el resultado. Podemos preguntar: ¿No hay acaso grandes héroes militares, reconocidos como hombres inspirados por Dios no solamente en el Antiguo Testamento, sino también por autores del Nuevo? ¡Pensemos, por ejemplo, en Hebreos 11! La respuesta es: Si, por supuesto.

Pero mi pregunta no es esa. Mi pregunta es:

¿Qué pudo estar pensando Jesús, sabiéndose el Mesías e Hijo de Dios anunciado por los profetas, para dejarse matar en una cruz en lugar de hacer lo previsible en cumplimiento de las esperanzas de su pueblo y los antecedentes de la historia de Israel? ¿Por qué no reunió un ejército para liberar a su pueblo de la opresión del incircunciso romano?

Y desde esta perspectiva, haciéndonos esta pregunta, el problema no es tanto que hubiera grandes militares en la historia de Israel. El problema es que Jesús no lo fuera. Que Jesús no fuera un general victorioso. Esto es lo que había que explicar, esto es lo enigmático, lo inesperado.

Existe para esto una respuesta fácil, una respuesta aparentemente espiritual, aparentemente de gran calado teológico: Jesús no fue un militar victorioso porque tenía que morir en la cruz para pagar nuestras culpas y sufrir por nuestros pecados.

Pero esto es evadir la cuestión. Esto es tomar el atajo que nos brinda la teología que desarrolló la iglesia cristiana en tanto que religión estatal primero del Imperio Romano y después, de multitud de reyes y tiranos locales a lo ancho de Europa.

La componenda que hallaron los obispos cristianos para entenderse con los reyes, para entenderse con su terrible y cruel violencia institucional y sus ejércitos, fue declarar que Cristo es rey en el cielo sobre todos los reyes de la tierra. De lo cual deducían, que los reyes gobiernan sobre sus súbditos en la tierra por delegación directa de Cristo. Cristo es rey en el ámbito espiritual. Es el salvador de almas en una salvación individualista sin consecuencias prácticas hasta el juicio final. Y así los reyes de esta tierra pueden seguir haciendo lo que siempre han hecho con especial predilección: ir a la guerra para alcanzar la gloria como militares victoriosos.

En efecto, Cristo sí que habría sido entonces un general victorioso, en el sentido de que todos los generales cristianos pelean por delegación de su real soberanía divina, que ellos reconocen con devoción religiosa. Cristo sí que habría ejercido como rey elegido por Dios, en el sentido de que todos los reyes, con su natural crueldad y violencia bélica, gobiernan con esa tiranía y esa violencia, por delegación directa de su soberano, Cristo.

Cristo muere, entonces, para pagar nuestras culpas, con el fin de que nosotros podamos seguir acumulando culpas, viviendo exactamente igual que antes, sometidos a la misma locura colectiva de guerra tras guerra tras guerra tras guerra sin fin, siguiendo la tiranía de señores de la guerra, generales y

políticos que consideran glorioso matar al prójimo de a cientos de miles —últimamente de a millones— de seres humanos. Cristo muere para que sea posible la matanza desbocada de Hiroshima y Nagasaki, sin que nadie tenga que pagar nada ante Dios, por cuanto Cristo ya ha pagado, ya ha firmado el cheque en blanco para cubrir cualquier exageración imaginable de nuestra maldad colectiva.

Cristo muere, en fin, para que nada cambie. Cristo muere para que todo siga como siempre salvo, tal vez, que ahora podemos hacer todas estas cosas pero con la conciencia tranquila, con el alma inmaculada gracias a la sangre de Cristo.

Permítaseme objetar que si esto es así, estamos peor que antes. La condición humana es más penosa que antes de que nos llegara Jesús. Porque nuestros gobernantes y generales cristianos ya no conocen ningún freno moral, confiados en el maravilloso efecto purificador de la sangre de Cristo, que por la sola fe los limpia de todo pecado.

Algo no cuadra. Esto no encaja con las palabras de Jesús. No encaja con el testimonio de su vida y sus obras. No encaja con sus parábolas y sus enseñanzas. No hay absolutamente nada en los evangelios que pueda dar a entender que esto mismo es lo que pretendía Jesús cuando se dejó matar por el impío conquistador romano. Nada que indique que él se estaba aguantando la ignominia de la muerte tan sórdida que padeció, con el fin de obtener un cheque en blanco moral para matanzas ilimitadas posteriores de seres humanos, cometidas bajo sus órdenes por reyes que él pusiera.

Suena espiritual, tal vez; suena teológico, tal vez; pero a lo que no suena es a evangelio, a «buenas noticias». De hecho, no suena a noticia en absoluto, ni buena ni mala. ¡Es lo mismo de siempre!

Cuando Mireia Vidal, de Taller Teológico de la Facultad SEUT, me contactó para proponerme un Taller Breve en Madrid en la primavera de 2015 sobre cuestiones de no violencia cristiana, yo veía dos alternativas.

Podía repetir cosas que ya venía escribiendo y publicando desde hace décadas. De hecho, hay quien considera que me pongo un poco pesado con este tema, aunque eso probablemente se debe a que no conocen la gran amplitud de otros temas que también he tocado en mi obra escrita y en mi predicación.

Pero el caso es que desde hace algún tiempo vengo pensando que tal vez iba a tener que vencer mi natural pereza, para abordar la escritura de todavía otro libro más, donde pudiera hacer síntesis de lo que vengo aprendiendo tras décadas como profesor de Antiguo Testamento en una facultad de teología.

Tal vez sea un poco gracioso que en cierta oportunidad, en un debate sobre si es posible ser militar a la vez que cristiano, alguien me reprochó que debería yo leer el Antiguo Testamento. Pero el caso es que de poco sirve dedicar la vida a estudiar el Antiguo Testamento, si después uno va y se guarda las conclusiones a que ello lo lleva.

Esto, entonces, intentar dar a conocer esas conclusiones, es lo que me he propuesto, gracias a la oportunidad que me ha brindado Taller Teológico. El resultado es, para mi sorpresa, un librito bastante corto. Me ha costado mucho menos tiempo y energía que mi «teología Bíblica», *Hablar sobre Dios desde la Biblia* (Biblioteca Menno, 2010) —un libro seis veces más largo, y también mucho más complejo de escribir. Cuando terminé aquella obra, pensé: «Ya está. Aunque nunca escriba otra palabra, éste será mi legado».

A pesar de la brevedad del presente trabajo, sin embargo, descubro que más o menos he conseguido poner aquí todo lo que quería decir sobre este particular. Si bien hay cosas que se podrían añadir, ya se hallan diseminadas ampliamente en otros de mis escritos.

En Quintanadueñas (Burgos), agosto de 2015

1. Jesús y su Biblia

En este ciclo de conferencias, en lugar de entrar a hacer exégesis en detalle de ningún pasaje en particular de la Biblia, quiero hablar de una visión general del mensaje de la Biblia entera; y en particular, del Antiguo Testamento. Naturalmente, esto es algo a lo que uno no se atrevería sin haber dedicado toda una vida a leer a diario la Biblia. Es algo que ni siquiera me hubiera imaginado capaz de hacer, hace treinta o cuarenta años.

Existe una tendencia a leer y estudiar la Biblia de forma fragmentada en capítulos, párrafos y versículos. Supongo que esto es fruto de la necesidad de predicar con regularidad, semanalmente o más. Pero los libros de la Biblia no se compusieron en capítulos y versículos, sino cada libro como un discurso oral para ser recitado de principio a fin, de memoria. Cuando por fin estas tradiciones orales fueron reducidas a escritura, era sencillamente como apoyo para la memoria; porque durante muchas generaciones seguirían siendo recitadas así, de principio a fin.

Esta es la forma más natural de entender de qué va cada libro de la Biblia, entonces. No el estudio de frases, versículos o párrafos sueltos, sino la totalidad del libro leído en voz alta de principio a fin, pronunciando con gracia y expresión y sorpresa, como cuando leemos un cuento a nuestros hijos.

Pero he llegado a entender que el Antiguo Testamento entero también sale ganando si lo leemos entero, como un todo. Tiene virtud detenernos en los detalles de un pasaje

para deleitarnos en sus profundidades. Pero aquí vengo a sugerir que también tiene virtud sobrevolar la totalidad de Antiguo Testamento y observar sus grandes rasgos y en particular, adónde parece querer ir a parar la colección entera, como tal colección.

Quiero empezar por mencionar tres libros que me han inspirado a pensar globalmente sobre la totalidad de la trama del Antiguo Testamento.

En 2001 apareció un libro por George Mendenhall, a quien yo venía admirando desde mis años de estudiante, por sus trabajos magistrales que hicieron época en el estudio del Antiguo Testamento. Mendenhall llevaba a la sazón varios años jubilado y escribió una obra magistral a manera de introducción al Antiguo Testamento en su contexto sociocultural, y en el contexto de la literatura del Oriente Medio. El libro no es solamente una excelente guía sino que destila de manera magistral lo que sacaba Mendenhall al cabo de toda una vida dedicada al estudio del Antiguo Testamento:

> George E. Mendenhall, *Ancient Israel's Faith and History: An Introduction to the Bible in Context* (Louisville: Westminster John Knox, 2001), 284 pp.

Posteriormente, en 2009, otro gran erudito del estudio del Antiguo Testamento, Walter Brueggemann, escribió también desde la perspectiva de su vida como profesor jubilado, una síntesis de lo que él piensa que el Antiguo Testamento nos invita a reflexionar y aprender. A mí me pareció que el libro no tenía desperdicio. No sólo éste, por cierto; me ha pasado también con otras obras de Brueggemann, algunas de las cuales han sido traducidas al español. En esta ocasión, me llamó la atención esa visión panorámica y global del mensaje del Antiguo Testamento que evidenciaba Brueggemann al cabo de toda una vida de estudio:

Walter Brueggemann, *An Unsettling God: The Heart of the Hebrew Bible* (Minneapolis: Fortress, 2009), 212 pp.

Tal vez el libro más sorprendente para mí de estos tres que tratan sobre la trama de la totalidad del Antiguo Testamento, ha sido el de Jack Miles. Cuando Miles escribió *Dios: Una biografía*, no tenía ni 50 años; así que su situación es diferente a la perspectiva de toda una vida que me había llamado la atención acerca de las obras que he mencionado de Mendenhall y Brueggemann.

Con todo, me dejó impresionado la visión global o general del Antiguo Testamento que desplegó Miles para leer la Biblia como, esencialmente, no un libro de la historia humana sino de biografía de Dios. En Génesis, según Miles, Dios es joven e impetuoso, capaz de liquidar a la humanidad entera en la generación de Noé porque no le gustó el resultado de haberla creado. Para cuando llegamos a Daniel, sin embargo, Dios es típicamente «el Anciano de días», cuya intervención en la historia humana será lenta y pausada. Y después de su discusión con Job —una discusión que parece haber perdido por cuanto no responde a los argumentos de Job sino que se sale por la tangente alardeando de su poder para jugar con el Leviatán—, Dios ya calla y nunca habla más.

El de Miles es el libro más difícil de encajar de los tres para un creyente, por cuanto este Dios visto como personaje literario resulta tan diferente del Dios de la fe cristiana. A mí me resultó un extraño, un desconocido, con el que me costaría mucho relacionarme como Padre. Una dificultad que acaso fuera bastante típica entre los judíos de la antigüedad, que probablemente tendían a verlo como un Todopoderoso por el que sería difícil sentir más que temor, respeto, y el deseo de mantener las distancias, por si acaso. En cualquier caso, lo interesante aquí que quiero resaltar, es el

atrevimiento a ver el Antiguo Testamento como un todo, en lugar de la tendencia a perdernos en los detalles:

> Jack Miles, *God: A Biography* (New York: Vintage Books, 1995), 446 pp. [*Dios. Una biografía* (Barcelona: Planeta, 1996), 491 pp.]

Jesús el maestro[1]

No me acuerdo muy bien cuándo fue que me di cuenta que muchos cristianos piensan hacer un negocio ventajoso y ventajista con Dios. Piensan aceptar la salvación del infierno gracias al sacrificio de Jesús en la cruz, salvación que como es «por fe, de pura gracia», naturalmente no les puede exigir nada —porque entonces ya no sería gratuito, ¿no?

Aunque esta clase de cristianismo seguramente resulta deficiente, no deja de aportar cambios positivos a la vida del individuo. Ahora se sentirá amado y aceptado por Dios, dejará de recelar de Dios y tenerle miedo. Irá aprendiendo a confiar en Dios como su ayudador y compañero en la vida, ya no verlo como un enemigo en el peor de los casos, o alguien que lo trata con indiferencia.

Después he visto que hay otros muchos cristianos que enfatizan que Jesús es Salvador y también Señor. Ambos conceptos inseparables, que se explican mutuamente. El señorío o la soberanía de Cristo sobre los cristianos es aceptado entonces, y esto resulta inmensamente gratificante. Indica una predisposición a dejarse instruir y mandar, a asumir el lugar lógico y necesario de ser creado ante su Creador, de súbdito ante su Señor, de adorador fiel e incondicional ante su Dios. Aquí empiezan a producirse cambios importantes en las

---

[1] Esta sección reproduce en gran medida mi artículo: «Jesús el maestro», *El Mensajero* nº 126, (octubre, 2013), *www.menonitas.org.*

actitudes y conductas de las personas, transformadas poco a poco en fiel reflejo de la belleza de nuestro Señor Jesús.

Quisiera sugerir que existe una dimensión adicional de lo que puede aportar Jesús a nuestra vida, que sería su aspecto de Maestro.

En sus años en Galilea y Judea, Jesús fue conocido como un rabino entre su pueblo. El término *rav*, palabra que significa «grande», era aplicado a aquellas personas que por su especial conocimiento de los tradiciones sagradas, eran respetados hasta la reverencia. La *Torá* o «Instrucción» divina tomaba dos formas: Primero, la tradición oral, pasada de generación en generación desde Moisés. Luego también, algunas partes de esa tradición habían sido reducidas a escritura para conformar los textos del Pentateuco. No se era rabino por haber leído los textos escritos; para alcanzar ese honor, había que conocer al dedillo la *Torá* entera, es decir la *Torá* oral. Los sabios de Israel entendían que un texto escrito no es más que una percha sobre la que se puede colgar casi cualquier cosa. Lo esencial, entonces, era conocer cómo se habían ido desarrollando esos conceptos en las tradiciones de los escribas.

Si se supone que quienes podían comunicar y divulgar la Instrucción divina para Israel eran en algún sentido mediadores entre Dios y los hombres, se comprenderá el prestigio inmenso de los rabinos —entre ellos, Jesús el hijo de María, de Nazaret. El evangelio de Lucas hasta nos quiere dejar la idea de una impresionante precocidad de Jesús que siendo niño, ya antes de su *bar mitzvá* (la mayoría de edad ante los Mandamientos al cumplir 13 años), deslumbró a los rabinos en Jerusalén por la amplitud de sus conocimientos y la calidad de su argumentación.

Como a los grandes rabinos se les presuponía santidad por su mucha dedicación al estudio y la divulgación de la Instrucción divina para la vida, circulan sobre algunos de ellos

anécdotas sorprendentes. Rehuían de cualquier fama de hacedores de milagros porque insistían que los mandamientos de Dios se tienen solos, sin que ninguna manifestación sobrenatural nos obligue a una aceptación crédula y superficial. Y sin embargo se les conocen milagros. Jesús también parece haberse impacientado con su fama de hacedor de milagros. En el evangelio de Juan, a partir del capítulo 11 —la resurrección de Lázaro— ya no hace ningún milagro más. En Mateo 12,39, Jesús se enfada con los que le piden una señal milagrosa. ¡A partir de entonces, dice, la única señal que tendrán será la de Jonás! (Se recordará que con Jonás se convirtió toda Nínive sin que el profeta hiciera ni un solo milagro.) En estas actitudes también, entonces, Jesús se comportó como un rabino auténtico, un Maestro de la Instrucción divina.

Antes que como Mesías (Cristo) o que como Salvador, entonces, Jesús fue reconocido y afamado entre su pueblo como rabino, un «grande» de la interpretación bíblica.

He insistido en todo esto para abordar el aspecto más fundamental y esencial de lo que Jesús, en efecto, enseñó: La instrucción diamantina de nunca devolver mal por mal sino conducirnos siempre con un amor que es incapaz de hacer ningún mal al prójimo.

Y quiero hacerlo proponiendo la idea —que todo el mundo da por imposible— de que Jesús supo comprender y explicar a la perfección el sentido del Antiguo Testamento. Es curiosa la facilidad con que la mayoría de los cristianos piensan que si Jesús hablaba en serio —cosa que suelen dudar— cuando dijo aquello de volver la otra mejilla y amar al enemigo, es porque o no entendió o bien rechazó de cuajo, el sentido de la historia nacional israelita, con sus jueces, reyes y profetas guerreros, que jamás dudaron en mancharse de sangre humana para llevar a cabo los designios divinos.

Pues no, señores, yo pienso que Jesús entendió perfectamente adónde quería ir a parar su Biblia, nuestro Antiguo Testamento, con todas aquellas historias, todas aquellas guerras y venganzas, matanzas, genocidios y condenas a pena capital. Y añado que cuando los cristianos no aceptamos como legítimas las conclusiones a que su interpretación del Antiguo Testamento llevó a Jesús, lo que estamos haciendo es rechazar su papel como rabino, como Maestro en condiciones óptimas de instruirnos en la voluntad divina.

Permítaseme insistir, entonces, que Jesús sí conocía el Antiguo Testamento y que su vida y obras, su enseñanza y el ejemplo meridional de su muerte en la cruz, son pistas más que suficientes para comprender las conclusiones que Jesús sacó de allí. Conclusiones que no son solamente para sí mismo —en tanto que Hijo de Dios— sino muy especialmente para nosotros, sus presuntos seguidores. Si es que somos seguidores. Si es que somos discípulos. Si es que somos también hijos de Dios.

La Biblia que conoció Jesús —nuestro Antiguo Testamento— describe una historia donde desde los albores de la humanidad las cosas se torcieron y surgió el homicidio, la venganza asesina y la guerra para envenenar nuestra existencia. Dios llamó entonces a un hombre, Abraham, y a su descendencia, para empezar con esa familia una instrucción específica para sacarnos de tan triste realidad. El aprendizaje fue lento y difícil, por cuanto Dios tropezaba siempre con el mismo escollo de la incredulidad, infidelidad y terquedad humana, nuestra proclividad a la violencia y crueldad, nuestra convicción, firmemente arraigada, de que quitando gente de por medio se solucionan problemas.

Es la historia de los siglos subsiguientes, entonces, tanto o más historia de desaciertos, tropiezos y caminos equivocados, que de claridad en la comprensión de lo que el Señor estaba

queriendo enseñarnos. Entre otros factores, operaba en esta familia y sus descendientes, después en los reinos de Samaría y Jerusalén, la tendencia humana a imaginar que cuando nos va bien es porque contamos con aprobación divina y cuando nos va mal, es que hay que eliminar enemigos.

Inmersos en un mundo cruel, guerrero y asesino, donde los reyes eran inspirados constantemente a ir a la guerra por sus dioses que los habían escogido y adoptado como hijos predilectos, la dinastía de Jerusalén se convenció de esto mismo acerca de sí. Sin embargo esa dinastía de Jerusalén, que se las prometía eterna como se las prometen todos los reinos e imperios, duró escasamente cuatro siglos antes de desaparecer para siempre.

Profetizado y vaticinado desde generaciones atrás por los profetas del Señor, ese evento singular de la destrucción de Jerusalén y su Templo, el punto final sobre su dinastía presuntamente eterna, supuso un fuerte correctivo para el pensamiento de los sobrevivientes en el exilio en Babilonia.

Todos aquellos actos de intolerancia y barbarie religiosa, homicidio, genocidio y guerra justificados por la presunta predilección divina de ellos y de sus gobernantes, hubieron de ser vistos ahora como la maldad que habían sido siempre. Hubo que reflexionar que no habían sido mejores que sus vecinos de las naciones alrededor. Poseedores de revelación divina, sus conductas acaso fueran entonces peores, por la mancha que suponían en el conocimiento de un Dios que es ahora y siempre ha sido amante y lleno de gracia, perdonador y misericordioso sin acepción de personas.

A partir de entonces, la conducta no se podía inspirar ya en las guerras de Josué o David sino en la carta de Jeremías a los desterrados en Babilonia, que aconsejaba vivir pacíficamente, orando y trabajando por la paz de cada lugar donde recalaron durante los interminables siglos de dispersión por el mundo

hasta hoy. A partir de entonces su misión entre las naciones debía ser la de Jonás, cuyo testimonio en medio de la ciudad más enemiga que jamás conoció Israel —Nínive— conseguía lo impensable: el arrepentimiento y reconocimiento universal del Dios de Israel.

Jesús, entonces, se inspiró directamente en el mensaje del Antiguo Testamento para su mensaje de amor al prójimo que se extiende en amor al enemigo. Se inspiró directamente en el mensaje del Antiguo Testamento para su mensaje de nunca devolver mal por mal sino bendecir a los que nos maldicen, tratar con bondad a los que nos maltratan, perdonar a quienes no perdonan ni reconocen sus faltas, resistir sin dejarse contaminar con el mal, tratando siempre a los demás como quisiéramos ser tratados.

Jesús, entonces, adoptó esta misma conducta… que fue la que lo condujo a la cruz. La humanidad lo matábamos y él nunca dejó de amarnos. Le odiamos, insultamos, torturamos y colgamos de una cruz pero él jamás respondió con igual moneda. Prefirió morir antes que matar.

¿Por qué?

Es necesario reconocer que es así como comprendió Jesús el mensaje del Antiguo Testamento. Es así como se compenetró él con el Espíritu del Dios que inspiró su escritura. Y nosotros, en tanto que discípulos, estamos llamados a entenderlo así también, a conducirnos así también y a ser de su mismo Espíritu.

Entre Josué y Jesús, en síntesis

Mi tesis que estaré presentando en estas conferencias, entonces, es que hay una continuidad extraordinaria entre Jesús y los escribas que nos han legado la Biblia Hebrea (nuestro Antiguo Testamento).

El Antiguo Testamento, vengo a proponer, debe leerse siguiendo la analogía de como leemos el libro de Job, donde casi todo lo que pone solamente está ahí para ser rebatido por la trama del libro entero. Una parte importante del Antiguo Testamento explora una teología que no nos lleva más allá de donde ya habían llegado otras religiones de la antigüedad. Es sencillamente más de lo mismo, más de la misma religión nacionalista, con sus dinastías presuntamente eternas, ungidas por dioses nacionales. Unos conceptos con que ya había sufrido la humanidad durante miles de años antes de aparecer Israel.

Para cuando concluye 2 Reyes, sin embargo, todo esto se cae de su propio peso y queda en evidencia como manifiestamente falso. La dinastía eterna de David no resultó más imperecedera que cualquier otra promesa de permanencia eterna en cualquiera de las otras civilizaciones de la humanidad. Una nación fundada en la eliminación genocida de las gentes naturales del país en tiempos de Josué, acabó unos pocos siglos después eliminada a su vez de la tierra con el exilio.

Y sin embargo, sorprendentemente, en lugar de desaparecer como cualquier otra civilización derrotada, los exiliados de Jerusalén experimentaron algo absolutamente inesperado. Su Dios se vino con ellos al exilio. Según las visiones impresionantes de Ezequiel, Dios se elevó desde su templo y lo abandonó para venirse al oriente con ellos. El Señor que había rescatado a los esclavos de Egipto se disponía a ser otra vez un Dios para un pueblo oprimido, ya no el dios de las políticas nacionalistas, militaristas, aliadas con el poder.

En lo que queda del Antiguo Testamento (a no ser que se incluya Macabeos, que figura en las Biblias católicas y ortodoxas, pero no en las protestantes ni en las hebreas), Jerusalén y su templo serán un centro para el culto de los

judíos que viven en la Dispersión. Sin independencia nacional, sin un territorio que puedan calificar de suyo propio, viviendo bajo una sucesión de imperios paganos, pagando impuestos y aguantando los caprichos políticos de soberanos poderosos para quienes ellos cuentan muy poco, el pueblo de Israel no solamente sobrevive. Medra y prolifera. Y gracias a su testimonio, su Dios viene a ser un faro que ilumina a todas las naciones del mundo, precisamente porque este Dios es tan extraordinariamente diferente a los dioses del poder y la influencia y la fuerza militar.

Vengo a sostener que es ésta precisamente la conclusión a que llega Jesús al considerar y meditar sobre el significado de la historia de su pueblo israelita y de sus Sagradas Escrituras.

Josué —Jesús I[2], el hijo de Nun— se había propuesto instalar en Israel una teocracia. Jesús II —el hijo de María, de Nazaret— se propuso traernos el Reinado de Dios. Suena igual pero son el contraste absoluto. A lo largo de la historia de la humanidad, los gobiernos que nos ha traído la teocracia se han encontrado siempre entre los más intolerantes, crueles y despiadados. Los que se creen ser portavoces de los dioses tienen poca paciencia para ningún tipo de disidencia. Sintiéndose iluminados por un rayo divino —en su fanatismo o locura paranoica— los gobernantes más religiosos tienden a ser notoriamente inescrupulosos para ejecutar una violencia que a ellos se les antoja ira divina.

Josué instaló el genocidio como acto fundacional del pueblo israelita en Canaán.

El Reinado de Dios en Jesús, al contrario, no consiste en mandar sino en servir; no consiste en juzgar desde un trono sino en arrodillarse para lavar pies sucios; no consiste en cetro

---

[2] «Jesús» es como se escribe en griego el nombre hebreo «Josué».

y en espada, sino en colgar desde una cruz. Jamás se puede recibir por obligación e imposición; solamente se puede recibir por convencimiento interior e invitación voluntaria.

Pero lo que yo vengo a proponer es que Jesús adoptó esta idea inspirado, precisamente, por los textos sagrados que narran, entre otras cosas, los crímenes fanáticos de Josué. Porque entendió adónde desembocaba aquello y supo que había que emprender una dirección diferente, una dirección que la propia historia bíblica de su pueblo le estaba indicando con claridad.

Es curioso que aunque el pueblo llano —el campesinado y las clases humildes de Galilea y Judea— declararon a Jesús «hijo de David» y en alguna ocasión (según el evangelio de Juan) intentaron hacerle rey, a Jesús nunca se le conoció ese tipo de aspiración sino más bien todo lo contrario. Ellos querían asociarlo al título de realeza, «Cristo» o «Mesías» —es decir *Ungido*—, como habían sido ungidos los primeros reyes de Israel. Pero él esquivaba ese título. Parecía sentirse francamente incómodo cuando se lo aplicaban.

Procuraban que Jesús se reconociera como «hijo de Dios» —en un mundo de la antigüedad donde ese era el más claro de todos los títulos reales, por cuanto se decía que los reyes eran hijos adoptivos de los dioses. Esto se ve hasta en el Salmo 2 y otros «salmos mesiánicos», en relación con el rey David y toda su descendencia. A partir de César Augusto, el de ser «Hijo de un dios» fue uno de los títulos habituales de los emperadores romanos. Pero Jesús nunca adoptó ese título real, sino que insistió en llamarse a sí mismo «el hijo del hombre», una expresión que viene a significar «el ser humano». Es curioso que esa expresión de Jesús, «el ser humano», sea tan habitualmente mal traducida como «el Hijo del Hombre», con sendas mayúsculas que quieren hacer ver

que viene a significar lo mismo que «Hijo de Dios» —es decir, *Rey* o *Emperador*.

A partir de los apóstoles y el Nuevo Testamento, la teología cristiana sí reconoce a Jesús ese rango de Hijo de Dios y de Cristo o Mesías —en su pleno significado como afirmación de ser el rey legítimo, el rey adoptado por Dios para gobierno de los mortales. Todo el Nuevo Testamento pero tal vez especialmente el Apocalipsis, dan a esta idea un giro inesperado y revolucionario. No lo hacen para justificar que Jesús deba tomar ahora las armas para aniquilar enemigos nacionales y para imponer su justicia por la fuerza.

Al revés.

Lo hacen para explicar que esa manera de ser de Jesús, tipificado en el Apocalipsis de «Cordero como inmolado», es lo que significa gobernar a los mortales como Dios gobierna el universo entero. El sentido que tiene reconocer en el Nuevo Testamento a Jesús como Rey y Soberano, es deslegitimar clara y expresamente a todos los demás gobernantes de la humanidad. Ellos no gobiernan como los «hijos de dioses» que alegan ser. Porque si de verdad fueran hijos de Dios, estarían actuando como actuó Jesús.

Pero, ¿por qué actuó Jesús así? Bueno, por ser legítimamente Hijo de Dios, por supuesto. Pero también porque el conocimiento de las Escrituras de su nación, Israel, le llevó a entender que por la fuerza, con violencia, con las armas, por la imposición desde arriba, no se conseguía en absoluto avanzar los propósitos de Dios.

Ahí tenía, después de todo, ese colmo de violencia de pureza religiosa fanática, la de su tocayo Josué. ¡Bien poco se comprobó que fueron los efectos morales o espirituales de tamaño programa de limpieza étnica apoyada en el sentimiento religioso!

Esto lo afirma con extraordinaria claridad el libro de Jueces, que da continuidad al de Josué. Y lo confirma toda la historia posterior de Israel.

2. Por una hermenéutica «jesucéntrica»

En esta segunda conferencia, quiero proponer una hermenéutica que no es la hermenéutica cristocéntrica que ha venido a ser habitual para los cristianos. Quiero proponer, en lugar de hermenéutica cristocéntrica, una hermenéutica «jesucéntrica».

¿Y qué sería eso? ¿En qué se diferenciaría de la hermenéutica cristocéntrica?

La hermenéutica cristocéntrica tiende a saltar demasiado pronto y con demasiada facilidad a la salvación de las almas de los creyentes sin fijarse suficientemente en la persona de Jesús, el rabino galileo del siglo I, cuya predicación y cuya actividad entre el campesinado oprimido por Roma y los colaboracionistas de Roma, lo llevaron irremediablemente a morir como subversivo peligroso para el sistema.

La hermenéutica cristocéntrica salta de inmediato, por ejemplo, a unos presuntos beneficios espirituales para el alma individual de quien cree en el poder salvador milagroso de la sangre de Cristo, en lugar de notar que los evangelios y las cartas de Pablo, tienden a fijarse mucho más en las circunstancias sociales, políticas y económicas que desembocaron en la forma concreta como murió. La hermenéutica cristocéntrica tiende a no observar que la muerte de Jesús no fue un acto religioso de significado individualista, sino un reto directo a

toda la estructura de poder del Imperio Romano y de sus colaboracionistas en Jerusalén.

La hermenéutica cristocéntrica no cae en la cuenta, por ejemplo, de que declarar que Jesús resucitó y que vive hoy aunque lo mataron los romanos con el beneplácito de la jerarquía colaboracionista judía, puede que tenga algo que ver con la religión; pero es ante todo una afirmación reivindicativa sociopolítica de primerísima magnitud.

Es imposible tener ninguna idea cabal hoy día de qué es lo que pasó, material y biológicamente, con el cadáver de Jesús. Sí es posible sin embargo, con un poco de imaginación, adivinar las consecuencias políticas y sociales de que surgiera un movimiento de personas que afirmaban que ahora Jesús volvía a estar vivo. Un movimiento de personas que se disponían a dar continuidad a su prédica y a sus actitudes y a su forma de vivir en sociedad humana. Y que declaraban esto y se disponían a vivir así, en medio del Imperio Romano y a pesar de la oposición encendida de los colaboracionistas del Imperio en Jerusalén.

Naturalmente, esto tiene que ver con las actitudes fundamentales de las personas inmersas en ese movimiento. Tiene que ver con su esperanza en Dios y su sentimiento de pertenencia a un pueblo escogido por Dios. Tiene que ver con sus actitudes interiores, sus creencias y su capacidad de imaginar que Dios sigue activo en el mundo. Hasta tiene que ver con la esperanza en un más allá, en una vindicación última aunque ahora uno pierda la vida como testigo —es decir mártir— de esa esperanza.

Pero todo esto no es todavía religión. No en el sentido moderno, de religión como algo interiorista y personal, que no afecta el mundo exterior ni la sociedad ni la economía ni la política ni las relaciones sociales ni la identidad como pueblo

escogido para transformar radicalmente los cimientos sobre los que se construye la civilización y las sociedades humanas.

El problema de la hermenéutica cristocéntrica es que relegando la relevancia de la muerte y resurrección de Jesucristo a lo interior del corazón humano, se desentiende de las consecuencias que vieron las autores de todo el Nuevo Testamento —los evangelios y Hechos, las cartas de los apóstoles y el Apocalipsis de Juan— acerca de la ilegitimidad del Imperio romano y de todos los reinos de este mundo, descalificados todos a una como Babilonia, la Gran Ramera que corrompe a la humanidad entera. Esa rebeldía primordial de los reinos de este mundo no se resuelve bautizando al emperador pero dejando intactos sus poderes y sus atribuciones de poder y capacidad para decidir la vida y muerte de sus súbditos. La hermenéutica cristocéntrica, centrada en actitudes interiores pero que deja sin cuestionar la arrogancia idólatra de los principados y las potestades de este mundo, no es suficiente.

Hace falta una hermenéutica «jesucéntrica» que devuelva a Jesús el rabino de los campesinos y pescadores oprimidos y explotados de Galilea, el protagonismo que se merece.

Diferencias entre Jesús y sus antepasados

Un primer paso para recuperar una hermenéutica «jesucéntrica», es observar que la Biblia no dice toda ella lo mismo. Observo que muchos cristianos evangélicos adolecen de una enorme ingenuidad para imaginar que todos los protagonistas de la Biblia, desde Adán y Eva hasta Juan en la isla de Patmos con sus visiones apocalípticas, eran creyentes evangélicos más o menos equivalentes en su fe y su moral a lo que sería cualquier evangélico hoy día. Sí, es verdad que muchos de ellos cayeron en pecados y apostasía, pero su manera de

entender la fe y la relación con Dios vendría a ser más o menos igual que la nuestra.

Esto es carecer de noción de anacronismo. Es ser incapaz de darse cuenta cabalmente que los miles de años transcurridos y el paso de civilizaciones enteras, afectan de cuajo, enteras, todas las nociones sobre la vida y la espiritualidad. Ni Abraham ni Moisés ni Josué ni David ni Salomón ni Elías ni Isaías ni Jeremías —ni siquiera el mismísimo Jesús, hijo de María de Nazaret— habrían sido capaces de entender lo que nosotros entendemos como espiritualidad cristiana evangélica. Pero es que en general, los protagonistas del Antiguo Testamento tampoco habrían sido capaces de entender a Jesús y a los apóstoles inmersos en el mundo romano.

Y sin embargo, Jesús y todo el Nuevo Testamento están en continuidad exacta y directa con el Antiguo Testamento. Construyeron sobre el legado recibido de sus antepasados de los reinos de Samaría y Jerusalén. Nada de lo que sentían y decían tiene sentido excepto como continuación de aquello anterior. Es la clase de continuidad que puede tener, por ejemplo, mi propia vida. Si yo hace 45 años hubiera viajado en el tiempo para encontrarme repentinamente en este cuerpo y esta vida que tengo ahora, mi sensación de confusión e incomprensión sería total. Me sentiría en un cuerpo extraño, con ideas extrañas y recuerdos imposibles de comprender. Y sin embargo el yo de ahora puede volver al pasado mediante los recuerdos, y todo lo que viví hace 45 años no solamente tiene sentido, sino que yo diría que quien soy hoy es la continuación exacta de quien fui entonces. Hasta diría que soy quien soy hoy, porque aquel joven de hace 45 años fui quien fui.

Así que Jesús y los apóstoles construyen necesariamente sobre todo el legado de su pueblo que conocemos gracias al Antiguo Testamento. Pero no son lo mismo. No son solamen-

te repetición de aquello. Al contrario; como vieron adónde conducían muchas de las actitudes y creencias y convicciones y decisiones, la religión y el sentimiento de elección como pueblo de Dios de sus antepasados, Jesús y los apóstoles se cuidaron mucho de repetir todo aquello sino que se vieron ante la necesidad de desarrollarlo en direcciones nuevas. Pero curiosamente, esas direcciones nuevas no dejan de estar en continuidad con todo lo anterior y ser desenlace de todo lo anterior.

El libro de Job como paradigma hermenéutico

Tengo que imaginar que quien lee por primera vez el libro de Job, si no ha recibido orientación sobre cómo se ha de leer y entender, puede sentirse especialmente atraído por los argumentos y razonamientos de Elifaz, Bildad, Sofar y Elihú. Tal vez hasta se escandalice con las protestas de inocencia de Job y su cuestionamiento constante de la justicia divina. Y sin embargo descubrimos cuando llegamos al desenlace del libro, que todos aquellos razonamientos tan impresionantemente bellos, edificantes, religiosos, llenos de esperanza y confianza en la justicia de Dios, quedan descalificados por Dios mismo como pecado contra su persona. Job, que se mantenía tozudamente en sus declaraciones de inocencia y denunciaba sin cuartel la injusticia divina, resulta haber sido quien comprendía de verdad a Dios.

Los argumentos de Elifaz, Bildad, Sofar y Elihú suenen tan correctos, que uno se siente tentado a utilizarlos para predicar sobre la justicia divina. Mientras que si algún miembro de nuestra iglesia tuviera el desatino de cuestionar rotundamente a Dios y declararse indigno de los sufrimientos que le trae la vida, nos veríamos en la obligación pastoral de corregir su atrevimiento.

Y sin embargo, la lectura atenta del libro nos lleva a entender que Job, como obra literaria de un arte monumental, está escrito de tal suerte que la mayoría de lo que pone solamente está ahí como contendiente puramente teórico, contra el cual poder desarrollar plenamente una línea de argumento exactamente contraria y opuesta. Esos argumentos están ahí con una única finalidad, que es rebatirlos y negarlos.

El libro de Job no es el único ejemplo de este tipo de recurso literario en la Biblia. Sé que hay algunos que se me ponen nerviosos cuando sugiero que hay mucho en la Biblia que hay que leer a contracorriente, saber leer entre líneas, darte cuenta cuando te dicen una cosa para que entiendas la contraria. El sentido de ironía puede que esté más desarrollado en algunos lugares y culturas que otros. Los gallegos suelen tener que explicarme lo que a ellos les parecía obvio cuando me hablan con segundas intenciones. Pero por otra parte, hay que imaginar que el sentido de la ironía, el decir una cosa para significar la contraria, es parte universal del habla humana, en todas las culturas e idiomas de la humanidad.

En particular, decir una cosa para significar la contraria suele ser una de las formas que adopta la comunicación en situaciones de opresión.

El amo de esclavos se siente satisfecho de la obediencia y el amor de su esclavo, cuando éste le responde: «Sí amito, lo que usted mande, amito. Que inteligente es usted. Perdone usted lo torpe que he sido, amito. Menos mal que lo tengo a usted para que me guíe y me instruya». Seguramente se sorprendería si observara que los demás esclavos, a sus espaldas, están conteniendo la risa ante la adulación exagerada del esclavo que le habla así. Lo que no se da cuenta el amo, es que la propia exageración de las alabanzas viene a significar, entre los esclavos, todo lo contrario.

Como este fenómeno de la ironía, de las palabras con segundas intenciones, es universal en la humanidad, no debe sorprendernos que la Biblia también traiga buenos ejemplos de esto mismo. Aparte del libro de Job, yo entiendo por ejemplo que las alabanzas tan exageradas que encontramos de las personas de David y Salomón, hay que entenderlas como discurso de resistencia, de oposición oculta contra una dinastía que presume de elección divina pero que nunca trajo más que guerras, opresión, sufrimiento e injusticia a los campesinos de Israel y Judá.

Las alabanzas de David como hombre conforme al corazón de Dios ya suenan chocantes cuando vemos la clase de persona que en realidad fue. Pero la aclamación ridículamente exagerada de la sabiduría de Salomón me provoca, francamente, ataques de hilaridad. No hay escena más locamente cómica en toda la Biblia, que cuando las alabanzas de esa sabiduría desembocan en un único ejemplo. No es un ejemplo de éxito diplomático ni de gestión de estadista. El único ejemplo que nos pone el narrador, es la resolución de una sórdida pelea entre dos meretrices de los prostíbulos que frecuentaba Salomón. De hecho, ya es cómico hallar a Salomón en un prostíbulo cuando dispone en casa de mil hembras, entre esposas y esclavas.

El caso es que lo que nos cuenta el texto sobre el reinado de Salomón es terriblemente desastroso para los campesinos de Israel.

Por poner un ejemplo, para que entendamos, por cuanto se suelen leer estas cosas sin poner atención. 1 Reyes 10,27 pone: «Y consiguió el rey que la plata en Jerusalén valiera como piedras». Esto tal vez no estuviera mal para los intereses del propio rey Salomón, que estaba importando metal precioso del extranjero. Pero esa inflación de la moneda es

intolerable e insostenible; y tuvo que significar la ruina de los campesinos y artesanos y comerciantes humildes del reino.

Una hermenéutica ética, no literalista[1]

Esta idea, la de utilizar lo que sucede con el libro de Job como paradigma hermenéutico para abordar la lectura de la totalidad del Antiguo Testamento, choca de frente con el literalismo bíblico, que es tal vez la forma de hermenéutica más difundida entre nuestro pueblo evangélico.

En mi opinión, sin embargo, la pretensión de leer «literalmente» es en realidad un ejercicio de poder y control. Se afirma que los textos sagrados solamente pueden tener un único significado, el «literal»; luego se procede a explicar cuál es ese sentido único posible. Esto se predica como dogma y entonces, por definición, cualquiera que no acepte esa interpretación «literal», quedará tachado de incrédulo y engañador o peor: apóstata o inmoral.

Los que apostan por una interpretación «literal», pretenden que creamos que su interpretación es imparcial y objetiva. Pero toda interpretación de la Biblia defiende algún interés. La pretensión de imparcialidad es siempre una cortina de humo. Pongamos el ejemplo del fundamentalismo evangélico, una de las tradiciones que han apostado firmemente por el literalismo bíblico.

El fundamentalismo evangélico no descendió puro e inmaculado desde el cielo cuando apareció a finales del siglo XIX. Sus creadores fueron varones (no mujeres). Heterosexuales, normalmente casados y padres de familia. De raza europea. Libres (no esclavos). Ciudadanos de las potencias

[1] Esta sección reproduce parcialmente mi artículo: «El literalismo bíblico como ejercicio de control y poder», *El Mensajero* nº 146 (julio-agosto, 2015), en: *www.menonitas.org*.

imperialistas coloniales que se repartían entre sí la riqueza del planeta. Con formación académica universitaria, en una era cuando solamente los nobles y adinerados podían mandar sus hijos a la universidad. Encumbrados en posiciones de autoridad y prestigio en la iglesia (ni jóvenes ni agitadores).

Su interpretación de los textos bíblicos, pretendidamente neutral y objetiva, «literal» y natural, sin ningún tipo de sesgo ni distorsión, refleja naturalmente los prejuicios y las ideas preconcebidas propias de su posición de privilegio en el mundo.

El fundamentalismo evangélico llegó como reacción contra los avances del «evangelio social» en el siglo XIX, que ministró a marginados, a obreros industriales explotados hasta reventar por capitalistas sin escrúpulos, a prostitutas, alcohólicos y otros desahuciados sin techo. Por ministrar a esta gente marginada y despreciada, el «evangelio social» empezaba a cuestionar la justicia y la moral social y política de países como Estados Unidos o Inglaterra. Para colmo, en esos ministerios entre marginados había lugar para mucho activismo de mujeres, que ya no se conformaban con quedarse en casa sino que salían a las calles a servir al prójimo y —¡Horror!— empezaban a expresar opiniones propias. ¡En muchos sentidos, el «evangelio social» del siglo XIX representa lo más digno y loable de la tradición cristiana evangélica!

Entonces el fundamentalismo evangélico apareció para poner las cosas en su lugar. Su interpretación «literal» de la Biblia obligaba a las mujeres a volver a casa y someterse a sus varones. Instaba a «predicar el evangelio» y dejarse de activismo social y de «crear problemas» o cuestionar «la autoridad». Explicaba la necesidad de las guerras para proteger el patrimonio nacional (de los capitalistas, naturalmente) y justificaba la empresa colonialista, por cuanto así se conseguía llevar el evangelio a pueblos paganos. Su desconfianza de la

feminidad se volcó en especial virulencia contra la perversidad de los «afeminados», que estando dotados para ejercer de macho, sin embargo no lo hacían.

Hoy el literalismo ha perdido fuelle y surgen lecturas alternativas de los textos bíblicos. Surgen nuevas interpretaciones, interesantísimas y edificantes, cuyo común denominador suele ser que dan voz y legitimidad de opinión a los marginados y ninguneados por el poder, los despreciados por la sociedad.

Las lecturas feministas de la Biblia nos obligan a reconocer que Dios no hace acepción de personas por género.

Las interpretaciones desde pueblos que han sufrido el colonialismo nos obligan a considerar que así como ellos valen tanto ante Dios como los «blancos», seguramente valen tanto los palestinos como los israelíes —y quién sabe si no valían tanto los cananeos como los israelitas de antaño.

Las personas con formas alternativas de sexualidad nos obligan a preguntarnos por qué los cinco o seis versículos que los descalifican como «abominación» pesan más que, por ejemplo, esa multitud de textos que predican la redistribución de la riqueza a lo ancho de toda la sociedad. ¿Quién sale ganando cuando los cristianos, con escándalo ferviente, tachan de perversión pública cierta conducta sexual íntima, mientras que la acumulación ilimitada de riquezas se refugia en ser cuestión propia de la conciencia inviolable del individuo?

Algunas de estas interpretaciones nuevas no son «literales», bien es cierto. Pueden manifestar mucha imaginación e inspiración. Pueden desembocar en lo contrario a lo que parecería decir el texto. De lo mismo acusaron a Jesús. De hecho, ningún literalista nos admitiría hoy a nadie las extraordinarias libertades de interpretación que se tomaron

Jesús y los apóstoles. No porque el resultado sea falso, sino porque por su propia naturaleza, esa clase de interpretación se escapa del poder y el control que pretenden ejercer sobre el significado de la Escritura —y sobre la conducta de los creyentes.

Cualquier interpretación de la Biblia que se pueda ofrecer como legítima, ha de tener en cuenta las voces de las personas afectadas por esa interpretación. Muy en particular, las voces de los más débiles. ¿Cómo se sienten las mujeres ante cualquier interpretación que se pueda dar a textos que afectan su lugar en la iglesia, la familia y la sociedad? ¿Qué opinan los desahuciados de sus casas sobre cualquier interpretación que se pueda ofrecer del mandamiento bíblico de perdonar todas las deudas cada siete años? ¿Se entienden comprendidos los divorciados en sus necesidades humanas, ante determinado uso que hagamos de la Biblia con respecto a su posibilidad de volver a casarse?

A mí, entonces y para terminar, me resulta poco convincente la pretensión de literalismo como estilo hermenéutico. Me parece que detrás del literalismo se esconden intereses ocultos, el deseo de controlar y manipular a los creyentes para defender viejas tradiciones que atentan contra la libertad para descubrir revelación fresca y nueva en el texto bíblico.

Y en esa misma línea, me resulta poco útil una hermenéutica pretendidamente «cristocéntrica», que sin embargo margina el pensamiento, las actitudes y el ejemplo de Jesús. Una hermenéutica que tiende a restar importancia al sentido eminentemente político y social que tuvo ejecutar a Jesús en un instrumento de tortura del Imperio.

Resumiendo, entonces:

1. Necesitamos una hermenéutica «jesucéntrica», que se dispone a intentar ver las cosas como las veía Jesús.

2. Descubrimos que Jesús y los apóstoles no son lo mismo que los personajes del Antiguo Testamento. Tienen otras ideas, otra manera de entender la vida. Son la continuación y evolución posterior del Antiguo Testamento; pero por eso mismo, su fe y esperanza en Dios ya no es la misma que la de Abraham, Moisés, David o Isaías.

3. ¿Cómo llegamos a Jesús partiendo desde los héroes del Antiguo Testamento? Las diferencias son tan importantes, que hay que preguntarse si los autores inspirados del Antiguo Testamento, los sabios escribas de Israel que nos legaron estos escritos, no habrán querido hacer algo por el estilo de lo que observamos en el libro de Job. Plantear las cosas de determinada manera para que el desenlace de los hechos demuestre que todo ese planteamiento inicial era falso.

4. Esto nos exige estar dispuestos a abandonar un literalismo que fomenta el privilegio y el control del prójimo, para adoptar una hermenéutica rigurosamente ética y moral, que defiende la dignidad de todas las personas y aposta inequívocamente por el amor al prójimo y hasta amor al enemigo, tal como enseñó Jesús.

3. Las narraciones históricas de Israel

Nadie escribe historia porque sí, nadie cuenta historias sobre el pasado porque sí. Siempre que contamos lo que pasó —o lo que entendemos que pasó— estamos haciendo por lo menos dos cosas:

Por una parte, damos una interpretación, un sesgo, un giro particular a la narración de lo que contamos. Si no lo hacemos siguiendo un plan premeditado, lo haremos subconscientemente, sin darnos cuenta. Pero nadie cuenta historias sobre el pasado sin que el propio hecho de contarlas les dé un color particular, sin que esa narración constituya una interpretación de los hechos a la vez que descripción de los hechos.

Y por otra parte, si se cuentan historias sobre el pasado es con el interés de influir en actitudes y conductas del presente, influir en la forma que tomará el futuro. Como se comprenderá, esto guarda relación estrecha con mi primera observación, la de la interpretación que se da obligatoriamente a los hechos al contarlos. Toda narración histórica es interesada, en el sentido de que si careciera de interés no interesaría. Aburriría. Su interés, su razón de ser, es cambiar actitudes y cambiar realidades. Si se narra historia es con la finalidad de que entendiendo de determinada manera el pasado, nos veamos motivados a dar una forma en particular al futuro.

Esto explica, entre otras cosas, por qué no todo lo que sucedió en el pasado interesa, no todo lo que sucedió constituye historia.

La narración histórica es siempre en primer lugar enormemente selectiva. Por ejemplo, durante miles de años se ha estilado decidir que lo importante, lo que era merecedor de contar en una reconstrucción de la historia, era lo que hacían y decidían los gobernantes; y en particular, sus hazañas bélicas. Hoy día interesa mucho más contar cómo vivían los particulares anónimos en otras generaciones. Y descubrimos que es posible, entonces, narrar historia social, historia económica, historia de la tecnología o del arte, que no solamente historia militar o historia de los gobernantes. Esto antes a nadie se le había ocurrido. La historia se manifiesta enteramente interesada, parcial y sesgada, ya desde el hecho de que unas cosas se consideran dignas de contar, y otras no.

Y el resultado es que la historia que nos vienen contando inculcaba a la gente una especie de pasividad o aceptación del privilegio de los poderosos, creando así a la vez un futuro donde los poderosos seguirán gozando de privilegio. Se contaba historia de gobernantes e historia de guerras, para que todos comprendiéramos que nuestros intereses personales y particulares no importan en absoluto. Lo que de verdad es importante es la gloria de nuestros gobernantes. Y así entonces, cuando nos cobran unos impuestos demoledores, nos parece natural. Cuando se llevan a nuestros hijos a la guerra para carne de cañón, pensamos que están en su derecho. Cuando nos crean unas condiciones económicas donde nuestras hijas se ven reducidas a ejercer la prostitución para alimentar a sus hijos, nos parece que era inevitable.

La finalidad de las narraciones históricas de la Biblia

Esto que vengo describiendo, la selectividad y el carácter interesado de toda narración histórica, es un rasgo universal del proyecto de contar historia. Es, por consiguiente, un rasgo también de las narraciones históricas que trae la Biblia. Los autores bíblicos tampoco escriben historia porque sí. Escriben con un proyecto de presente y de futuro en mente para su nación, para Israel. Si cuentan historias sobre el pasado de Israel, es solamente porque existe también en ellos una idea de lo que debe ser Israel en el presente y en el futuro. Dicho de otra manera, se cuenta de determinada manera el pasado de Israel, con la finalidad de dar una forma particular a la esperanza de Israel.

Se cuenta, por ejemplo, que Dios intervino para salvar a la nación en el pasado, con el fin de inspirar a Israel a una fe y esperanza en que Dios volverá a intervenir para salvar a la nación. Y naturalmente, esa fe y esperanza tendrá consecuencias directas en la forma como viven los israelitas hoy; en su obediencia de los Mandamientos, por ejemplo.

La Biblia es una colección literaria que trae diferentes géneros literarios, tanto de prosa como de poesía. Pero desde luego, la narración histórica es tal vez el género literario más empleado.

El Pentateuco, es decir los cinco libros de la Instrucción, conocida también como la Ley, traen, sí, bastante de mandamientos e instrucciones para el ritual litúrgico y para la vida en las aldeas de los campesinos de Israel. Pero la Instrucción trae mucho más de narración histórica que de mandamientos. Esto es porque los sabios escribas de Israel entendían que si la finalidad es instruirnos cómo hemos de vivir en relación con Dios y unos con otros, nada mejor que contarnos historias que

ilustran las virtudes de unas formas de vivir y los defectos de otras.

La segunda sección de la Biblia Hebrea, después de la Instrucción, es la de los Profetas. Esta colección está subdividida en dos partes, que serían los Profetas Anteriores —desde Josué hasta 2 Reyes— y los cuatro rollos de los Profetas Posteriores: Isaías, Jeremías, Ezequiel y los Doce. Esta colección trae, naturalmente, bastantes pronunciamientos proféticos.

Pero aquí también el grueso de la colección son narraciones históricas. Esto es porque lo que pretendían los sabios escribas de Israel era comunicar la opinión de Dios sobre las naciones y civilizaciones de la humanidad, el veredicto de Dios sobre todos los reinos de la tierra. Y para eso, nada mejor que elaborar una narración continua sobre el pasado de Israel, donde Dios figurase como el principal protagonista. Pero a su entender no un protagonista satisfecho, sino a constante disgusto con lo que venía pasando, esforzándose continuamente por corregir lo que él consideraba una sucesión interminable de errores y rebeldías.

Y por último tenemos la sección de las Escrituras, que es el cajón de sastre donde entra todo lo que no cabía en la Instrucción y los Profetas. Pero aquí también, en libros como, Esdras, Nehemías y Crónicas, hay abundante material narrativo de tipo histórico. Con igual finalidad: más que un interés anticuario, lo que movió a los escribas a componer las Escrituras, fue inspirar un proyecto de futuro para la nación de Israel, una esperanza de futuro en la intervención salvadora de Dios.

La finalidad de las historias bíblicas no es, entonces, que sepamos que sucedió esto y no aquello. Para sus fines, podrían haber contado cualquier otra sucesión de historias, en otro orden y con otros protagonistas, siempre que el efecto

fuera llevarnos a las mismas conclusiones acerca de Dios, la vida, y los reinos de este mundo. Aunque toda la narración bíblica no fuera más que una especie de novela histórica —como opinan muchos hoy día— siempre que estas historias bíblicas susciten en nosotros las mismas reflexiones sobre la vida humana en relación con el prójimo y con Dios, las mismas reflexiones sobre lo desastrosos y violentos que resultan ser los reinos de esta tierra, tendrían el mismo valor inspirado para los adoradores del Señor de Israel.

La memoria histórica de Israel

Sin embargo los escribas no podían contar cualquier cosa. No tenían la libertad del novelista hoy día, cuyas narraciones todo el mundo sabe que son originales, nacidas de su imaginación. El novelista si recibe reproches, no será por faltar a la veracidad histórica sino por falta de originalidad para inventarse cosas nuevas. Los sabios escribas de Israel no tenían esa clase de libertad; no, por lo menos, cuando se disponían a contar historias sobre el pasado de Israel.

El público oyente para el que recitaban los escribas, tenía memoria. Tenía memoria trasmitida de padres a hijos en la familia y en la tribu, memoria de identidad como un mismo pueblo de Israel. Memoria histórica, si se quiere.

Tenemos a finales del libro de Jeremías un ejemplo de lo que podía pasar si la historia que pretendieran contar los sabios escribas de Israel, por muy inspirados que estuvieran, no se ajustaba a la memoria de esos mismos hechos que conservaban los oyentes.

Jeremías se halla entre los que se han refugiado en Egipto después de la destrucción de Jerusalén por los babilonios. Allí anuncia la ira de Dios contra los judíos en Egipto, porque en lugar de escarmentar con el castigo y dedicarse sola y exclusi-

vamente a adorar al Señor de Israel, estaban trayendo sacrificios a la multitud de sus diferentes dioses tradicionales. Jeremías les presenta su versión de la historia de Jerusalén, donde el único culto legítimo habría sido al Señor en su templo y donde es precisamente por adorar a esos otros dioses, que habían sufrido este terrible castigo divino.

Pero sus oyentes no lo recuerdan así y protestan enérgicamente contra él, porque entienden que está falsificando los hechos que ellos recuerdan bien. Según la versión de la historia que recuerdan ellos, desde siempre y tradicionalmente sus antepasados venían adorando toda una multitud de dioses. Pero en tiempos de Josías, por culpa de innovadores religiosos como el propio Jeremías y obligados a la fuerza por el rey, habían abandonado esos dioses con los que tanto habían prosperado. Habían quitado los lugares altos que tenían dispersos por todo el territorio. Habían empezado a presentar sacrificios solamente al Señor en su templo en Jerusalén, y a ningún otro dios y en ningún otro santuario. Y así les había ido. Josías había muerto desastrosamente en batalla y sus hijos, aunque habían intentado hacer las paces con los dioses recuperando las costumbres ancestrales, no lo habían conseguido. Antes había llegado Nabucodonosor para hacer caer sobre Jerusalén la ira de sus dioses tradicionales, tan injustamente desairados.

Hay que reconocer que ambas versiones de la historia resultan perfectamente verosímiles, aunque tal vez parece más objetivamente realista la versión que conservaba la memoria popular. A fin de cuentas, ellos todos lo recordaban así, mientras que Jeremías podía parecer un loco solitario que lo contaba todo al revés.

De manera que los sabios escribas de Israel, cuando recitaban las historias de Israel desde su antepasado Abraham y hasta el presente, podían seguramente dar cierto sesgo,

cierta interpretación particular a lo que contaban, pero siempre dentro de los límites que les imponía el recuerdo popular, el hecho de que estas historias se venían contando tradicionalmente a lo largo de generaciones.

Pero esa memoria colectiva no era la misma en toda la sociedad. Los grandes patrocinadores del proyecto de una historia nacional de Israel fueron, naturalmente sus gobernantes. Podríamos remontarnos al papel de la dinastía de David como promotora del culto en Jerusalén, pero nuestros textos parecen datar de mucho más tarde. Entonces prefiero fijarme en el interés del clero saduceo que había instalado la corona persa en Jerusalén y que conservó su poder durante bastante más tiempo que aquella dinastía anterior.

La nobleza sacerdotal de Jerusalén promovió una visión de la historia de Israel cuyo efecto se pretendía fuera convencer a los campesinos que debían entregarles una proporción considerable del producto de sus tierras. Esta producción, así como las ofrendas enviadas por esa inmensa mayoría de judíos dispersos por todo el mundo, se destinaba a mantener a la propia nobleza sacerdotal que lo predicaba como voluntad divina. Luego también, se acaparaba así a la vez riqueza en el templo para remitir a los reyes persas y después griegos, a cuyas órdenes servía el sacerdocio jerosolimitano. Era un plan perfectamente concebido para la explotación de los campesinos, y todo ello se basaba en la exclusividad del culto al Dios de Israel, un culto que generaba ingresos extraordinarios.

La historia oficial, entonces, la versión del pasado de Israel que se difundía desde el templo, venía respondiendo a cómo recordaba las cosas esa misma nobleza sacerdotal. Es la historia, como decíamos, oficial. La historia de reyes, guerras, construcciones fastuosas, ciudades amuralladas y pureza de cualquier contaminación con otro culto diferente. La historia

de linajes sacerdotales y de profetas de la corte que impulsaban en los propios reyes idéntica dedicación al templo y a sus ingresos y sacrificios.

Existía a la vez, sin embargo, una contrahistoria[1]. La de los campesinos que recordaban un pasado idílico anterior a la monarquía y anterior al templo. Recordaban que antes de pactar con el rey David y su linaje, Dios había sido el Dios libertador de esclavos en Egipto, el Dios que los mantuvo a ellos en el desierto en lugar de esperar que los campesinos mantengan ahora a Dios en Jerusalén. Era el Señor Dios de la Alianza, el Dios de aquellas disposiciones dadas por Moisés, que ordenaban una sociedad de hermanos, una sociedad de campesinos libres, sin generales ni reyes, cada israelita propietario de su parcela.

Este pasado añorado acaso fuera tan falseado como cualquier otro, por idílico y paradisíaco, pero era el pasado de Israel en que creían los campesinos de Israel, el pasado que no podían ni querían olvidar. Cuando venían los recaudadores del templo a cobrarse sus diferentes diezmos, sabían que no había más remedio que pagar. Pero entre ellos y lejos de la nobleza sacerdotal y de sus recaudadores, los pastores alrededor de una hoguera en la noche y las mujeres alrededor del horno del pueblo mientras se cocía el pan, rememoraban que de Jerusalén y de Samaría nunca había venido más que tiranía; y que cuando la tiranía se volvía especialmente odiosa, Dios siempre había levantado profetas que denunciaban la injusticia y rapacidad en la corte y entre los nobles.

---

[1] La diversidad social de la memoria histórica ha sido explorada por diversos autores. Véase, por ejemplo, el siguiente empleo de este concepto con referencia a la redacción de Marcos y de Q: Richard A. Hosrsley, *Jesus in Context* (Minneapolis: Fortress, 2008).

Esta contrahistoria popular, la del campesinado explotado y humillado desde Jerusalén, también impuso sus propios límites a la forma que fue tomando el relato de la historia nacional que recitaban los sabios escribas de Israel. No pudieron evitar responder a los intereses de los nobles, que dieron su forma general a la historia de Israel. Pero tampoco pudieron ignorar la memoria colectiva de los campesinos, ni su recuerdo de un Dios libertador —es decir Salvador—, un Dios que no hace acepción de personas, un Dios que no privilegia a los ricos y poderosos, a los señores de la guerra ni a la nobleza sacerdotal. Un Dios que levanta profetas entre su pueblo y los llena de esperanza en un futuro mejor, más justo, más digno, más solidario. Un futuro donde todas las familias tendrán pan y donde cada cual podrá descansar a la sombra de su parra y de su higuera, cuando jamás volverá a haber guerra ni opresión.

Una historia cuyo significado se debate

Como sabemos también por nuestra historia española, el pasado es un territorio vivamente disputado entre formas diferentes de recordarlo, de atribuir significado a los hechos, diferentes formas de construir una memoria histórica y una idea de futuro.

Y así llegamos por fin, a la cuestión de fondo que inspira nuestras reflexiones aquí: cuáles son las conclusiones legítimas a derivar de las narraciones históricas de Israel que fueron reducidas a escritura por los sabios escribas de Israel en los siglos previos a la aparición en escena de Jesús de Nazaret.

Tal vez, en lugar de hablar de la historia bíblica entre Josué y Jesús, habría que hablar de Jesús I, II y III, como tres personajes diferentes, cada uno de ellos representante de una visión diferente del sentido de la existencia de Israel. *Jesús I*

sería Josué hijo de Nun, sucesor inmediato de Moisés, de quien el relato bíblico recuerda que tomó posesión de la tierra de Canaán mediante el primer ejemplo en la historia de genocidio en el nombre de Dios. *Jesús III*, sería Josué hijo de María, de quien se recuerda que curaba a los enfermos, infundía esperanza a los pobres y murió torturado por las autoridades. Pero entre medias tenemos a *Jesús II*, Josué hijo de Josadac, instalado por Esdras como sumo sacerdote cuando la reconstrucción de Jerusalén. Este sacerdocio saduceo constituiría la nobleza dominante durante seis siglos hasta la destrucción del templo de Herodes.

Con estos tres *Jesús* o *Josué* podríamos resumir, entonces, algunas de las alternativas que se nos ofrecen para la interpretación de la historia de Israel:

En primer lugar tendríamos la versión de la historia que nos ofrece la exaltación de la *yihad* o guerra religiosa de exterminio de los infieles.

En segundo lugar tendríamos la versión de la historia que nos ofrece la religión como puntal de la estabilidad política, social y económica.

Y en tercer lugar tendríamos la versión de la historia que nos ofrece la irrupción del Reinado de Dios como novedad histórica, como intervención divina definitiva para cambiarlo todo pero no desde arriba, desde el poder y la autoridad, sino desde dentro, desde los corazones transformados de cada individuo que se deja inspirar por el Espíritu de Dios.

Estas tres versiones de la historia, con su visión que se deduce respecto a la voluntad de Dios para Israel hoy y la esperanza en Dios para el futuro, se pueden defender con visos de verosimilitud, apelando a la compilación majestuosa que nos legaron los sabios escribas de Israel, nuestro Antiguo Testamento. Pero yo vengo a sostener que la versión que nos

ofrece Jesús hijo de María es la más persuasiva de las tres, la que por lo menos a mí me resulta más verosímil, la versión por la que me comprometo y a la que he dedicado mi vida.

Yo sostengo, por ejemplo, que la forma que toma la historia de Israel vista como un todo, tiende a desautorizar la versión de Josué hijo de Nun, la versión que defendería las bondades de la *yihad*. Resulta más que obvio que la debacle nacional, el desastre sin paliativos de la destrucción de Jerusalén y la dispersión por todo el mundo, es un fruto que nace de la simiente del genocidio con que arrancó el proyecto de construcción nacional israelita. De aquellos polvos vienen estos lodos. Jesús observó que quien vive por la espada, a espada suele morir. Una visión histórica fundamentada en crímenes de lesa humanidad jamás puede desembocar en paz y armonía y paraíso. Y a mí no me parece en absoluto descabellado imaginar que los sabios escribas de Israel dieron esta forma, precisamente, a su narración histórica, para que entendiéramos esto mismo.

La versión de estabilidad institucional que nos brindaría el sacerdocio saduceo que arranca con Josué hijo de Josadac, promete bastante más. Y sin embargo vemos ya en los libros de Macabeos que el régimen sacerdotal jerosolimitano, instaurado por la corona persa, se prestaba con demasiada facilidad a servir los intereses de la corona pagana extranjera de turno. Esto mismo se observa también en las narraciones del Nuevo Testamento. Son precisamente los saduceos y fariseos los que entregan a Jesús a las autoridades romanas. Pero el problema más de fondo con la estabilidad institucional saducea, es que no deja lugar para una intervención sobrenatural, sobrenaturalmente novedosa, de parte de Dios. Nos lleva a un fatalismo donde nada puede cambiar porque el orden presente ya es la voluntad perfecta de Dios.

No me sorprende que grandes multitudes de campesinos galileos, samaritanos y judíos, se dejaran persuadir por la versión de la historia —por consiguiente también la visión para el futuro— que vino a brindarles Josué hijo de María. Una visión de futuro que él vino a resumir con el anuncio esperanzador:

—*El tiempo se ha cumplido y el reinado de Dios se ha acercado. Cambiad de mentalidad y sed fieles al pregón*[2] (Mr 1,15).

[2] Traducción propia. Aquí y en otros lugares, mis traducciones se deben sencillamente a que me resulta entretenido hacerlas y además, esa disciplina me obliga a mirar con mucho detenimiento el texto. Naturalmente, cualquier otra traducción también sería perfectamente apta para los efectos de mi argumentación.

4. El que tiene oídos para oír, que oiga

En 1980 Millard Lind, que fue mi profesor de hebreo y de Antiguo Testamento, publicaba un libro cuyo título en español sería algo como: *Yahvé es un guerrero. La teología de la guerra en la antigua Israel.*[1]

Aquí y en sus diferentes escritos y también en sus clases, Lind era ante todo un cristiano creyente, en el sentido de que no estaba dispuesto a abandonar la idea de lo milagroso. Existe una presuposición occidental moderna de que las intervenciones soberanas de Dios en la historia son —y siempre fueron— una imposibilidad. A Lind, sin embargo, siempre le pareció que si eliminamos esa posibilidad, la posibilidad de que Dios haya intervenido de verdad en la historia, que lo haya hecho sobrenaturalmente, con auténticos milagros que no tienen ninguna otra explicación, el estudio del Antiguo Testamento carece de interés. Acabaría siendo una estúpida pérdida de tiempo.

Lind propone que el episodio cuando los esclavos fugados de Faraón cruzan el Mar Rojo, es el paradigma y prototipo de cómo concibe el Antiguo Testamento la guerra del Señor. Hay desde luego otros muchos tipos de guerra a lo largo del Antiguo Testamento, con otras formas de proceder y otras

[1] Millard C. Lind, *Yahweh Is a Warrior: The Theology of Warfare in Ancient Israel* (Scottdale & Kitchener: Herald Press, 1980).

presuposiciones de fondo. Pero ninguna de ellas marca la identidad y la fe de Israel como lo hace la derrota del imponente ejército imperial de Faraón, una de las fuerzas militares más impresionantes de la antigüedad.

Israel siempre vivió a la sombra del Imperio Egipcio. Su territorio nacional pertenecía al ámbito de soberanía de Egipto, siempre fue considerado por los egipcios como parte de su zona de influencia. Los faraones no solían gobernar Canaán directamente aunque de vez en cuando podían destinar ahí algunos destacamentos militares. Su forma de ejercer su soberanía era típicamente el reconocimiento de reyes vasallos que juraban lealtad al Faraón y a cambio, obtenían bastante libertad para gobernar a sus súbditos a placer. Eso sí, era habitual remitir tributos; y también sucedía con más o menos regularidad que el ejército egipcio se hiciera presente para poner orden si la metrópoli lo consideraba necesario.

Hay cierta ironía en el dato de que desde el punto de vista egipcio, los israelitas nunca abandonaron Egipto. Durante sus largos años en el Sinaí, así como cuando su eventual colonización de Canaán, siempre permanecieron en territorio donde se reconocía la soberanía del faraón.

Se recordará que a pesar de todo el fausto que se atribuye a la corte de Salomón, unos pocos años después de su muerte llegó otra vez el ejército egipcio para cobrarse sus tributos atrasados, dejando Jerusalén sin ningún rastro del oro y la plata y las riquezas fabulosas que acumuló Salomón. Riquezas que no eran suyas, sino que Salomón venía debiendo a Egipto. El texto bíblico describe el hecho y lo deja pasar sin comentario. Era una realidad tan incontestable como la ley de la gravedad.

Hay que tener todo esto presente, para entender el significado extraordinario que tiene alegar que cuando los

esclavos hebreos cruzaron el Mar Rojo, la totalidad del ejército de Faraón —su infantería, su caballería, sus avanzados carros de combate, sus oficiales y generales— todo sufrió una derrota total, de la que no quedó ningún sobreviviente.

Naturalmente, si esto hoy día ya no nos lo creemos, entonces las consecuencias prácticas a deducir de ello desaparecen junto con nuestra credulidad. Pero si creemos que Dios en efecto tiene capacidad y poder y potestad sobre la naturaleza y autoridad sobre toda la Creación para hacer lo que Dios quiera, entonces, desde luego, las consecuencias a deducir de esa derrota de Egipto son inmensas.

Porque entonces, si Dios tiene en efecto capacidad suficiente para ejercer de guerrero defensor de su pueblo, para proteger a los suyos si le parece oportuno hacerlo, la primera consecuencia a entender, es que nuestros esfuerzos bélicos humanos son irrelevantes e insignificantes.

Como diría siglos después Isaías: *Porque así ha dicho mi Señor el Nombre, el Santo de Israel: «Al volver atrás y descansar seréis salvados, en inactividad y serenidad estará vuestra fuerza. Pero no quisisteis»*[2] (Is 30,15).

A nosotros nos puede impresionar nuestra propia capacidad bélica, nos pueden impresionar nuestras armas y nuestros ejércitos y fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. Si con lo único que cabe compararlo es con otras fuerzas armadas, bien sea de estados enemigos o de organizaciones criminales o terroristas, tal vez tenga cierto sentido presumir de ese potencial bélico. Pero si con lo que de verdad corresponde comparar todo el armamento de toda la humanidad es con el poder salvador y libertador de Dios, entonces hay que admitir que en esa comparación damos risa.

---

[2] Traducción propia.

La Biblia Hebrea tiene los libros en un orden diferente al del Antiguo Testamento cristiano. La Biblia Hebrea concluye con 2 Crónicas. El resultado es que así, uno de los últimos capítulos de la Biblia Hebrea es 2 Crónicas 20, donde sigue vigente esta idea de que Dios tiene capacidad suficiente para proteger a su pueblo que depende de él y confía en su salvación. Ahí, en 2 Crónicas 20, el rey Josafat y todo el pueblo salen al encuentro de un enemigo tan poderoso y numeroso que es impensable oponerle resistencia. Salen a su encuentro después de ayuno y oración, con la instrucción divina clara de tan solamente esperar en el Señor. Delante de Israel salen los sacerdotes con instrumentos de música, cantando alabanzas al Señor. Cuando llegan al campo de batalla, se encuentran al enemigo ya muerto y un botín tan inmenso que tardan tres días en llevárselo a Jerusalén.

A estas alturas del relato, donde la Biblia Hebrea está por concluir, todavía es posible imaginar que esto sea posible: Que Dios pueda hacer de Salvador de su pueblo y no lo contrario, que el pueblo tenga que salvar a Dios y a la patria con armas humanas.

Dos visiones contrarias de la realidad

Hay entonces, a lo largo y ancho de todo el Antiguo Testamento, una especie de enfrentamiento entre dos visiones contrarias de la realidad, con respecto a la guerra y los ejércitos.

La visión mayoritaria sobre la cuestión es, naturalmente, la que resume nuestro refrán castellano: «A Dios rogando y con el mazo dando». Es decir, está muy bien implorar el socorro de Dios cuando ataca el enemigo, pero por si acaso, tonto es el que no se arma y empieza a defenderse. Es ese temor de fondo a que Dios no responda, ese miedo a que Dios no quiera o no pueda salvar, que hallamos muy mayoritariamente en

todas las edades y todas las gentes del mundo. Está muy bien pedir ayuda a Dios. Pero sería estúpido fiarse de Dios, sería suicida confiar en Dios. Porque todos sabemos muy bien que Dios no es de fiar.

La otra visión sobre la cuestión es, por consiguiente, muy minoritaria en la Biblia, así como es tan extraordinariamente minoritaria en todo el mundo y entre los que se consideran ser cristianos creyentes y practicantes. Esa visión minoritaria es la que toma la derrota de Faraón en el Mar Rojo como paradigma, y hace suyas las palabras de Isaías: *Al volver atrás y descansar seréis salvados, en inactividad y serenidad estará vuestra fuerza.* Confiar únicamente en Dios, sólo tiene sentido si Dios es de fiar. Pero sabemos muy bien que son muy raras las personas que consideran que Dios sea digno de fiar. Por consiguiente, esta posición —la de confiar en Dios— es muy minoritaria a lo largo de los relatos bíblicos, como también es minoritaria en general en la humanidad.

Ahora bien, es raro encontrar individuos honestos, individuos que confiesan abiertamente que desconfían de Dios, que desconfían de sus intenciones, desconfían del futuro que Dios promete, desconfían de su poder, desconfían muy en particular de su salvación. Entonces la gente que quiere seguir considerándose religiosa —en los relatos bíblicos y también hoy— se inventa otros tipos de argumentos. Convencidos, por ejemplo, de que es inevitable armarse y pelear, llegan a convencerse que Dios mismo es el que inspira sus batallas. Convencidos, por ejemplo, de que sus problemas se solucionan aniquilando gentes enemigas, llegan a convencerse de que Dios mismo les ha dicho que hay que cometer genocidios y limpieza étnica. Lo vemos en la Biblia y lo vimos hace veinte años en Bosnia. No es en absoluto difícil de entender.

Lo difícil de entender sería que alguien ponga su vida en juego fiándose de que Dios es bueno y que sus propósitos son firmes, pero también que Dios es poderoso para intervenir y salvar sobrenaturalmente, si acaso es su voluntad que no perezcamos.

No es necesario especular si Jesús consideró que era verosímil aquel relato donde Dios intervino sobrenaturalmente como salvador en el Mar Rojo. No hace falta especular porque los hechos hablan por sí solos. Jesús, sabiéndose divinamente ungido como rey de los judíos, descansó en Dios y prefirió la cruz antes que defender su gobierno con las armas de este mundo. A nosotros nos puede parecer inteligente o no esperar en quietud que Dios ejerza de Salvador. Lo que nadie puede poner en duda es que Jesús sí tuvo esa actitud y esa esperanza, una confianza que orientó su vida entera y el ejemplo que nos dejó y que da sentido a toda la enseñanza que nos legó.

Podemos confesar que nosotros no compartimos la misma fe de Jesús. Lo que no es justo es alegar que como nosotros no creemos, es por eso imposible que Jesús tampoco creyera lo que sus palabras, su vida y su muerte indican claramente que sí creía.

El relato de Gedeón

Quiero recordar un relato donde vemos cara a cara estas dos visiones contrarias sobre las armas y la guerra, que se debaten en el mismo seno de la Biblia. En la historia de Gedeón vemos ambas posiciones contrastadas en el transcurso de una misma narración.

Gedeón empieza como la típica persona que justifica actos de intolerancia religiosa alegando que habla con ángeles. ¿Qué sería el equivalente hoy día de profanar el altar de Baal y talar a hachazos el tronco de Asera? Pongamos, por ejemplo, que

un evangélico prendiera fuego a la ermita de la Virgen del Rocío, porque se lo dice un ángel. Emprender actos violentos de intolerancia religiosa jamás avanza la causa de la verdad ni defiende a Dios. De hecho, el propio planteamiento es absurdo porque hace de Dios un débil indefenso a cuyo auxilio tiene que acudir el fiel creyente. Esto es poner patas arriba la relación de peticionario y Salvador. ¡Pobrecito mi dios, menos mal que estoy yo aquí para atender a sus súplicas y salvarlo!

Esto lo comprende perfectamente el padre de Gedeón, Joás, y lo comprenden y aceptan también los adoradores de Baal. Ellos están airados hasta la violencia homicida, porque como entendemos perfectamente, acaban de sufrir una violencia intolerable en este ataque cobarde a su religión. Van donde Joás y le exigen que les saque a Gedeón para vengar con su muerte la profanación del santuario. Pero Joás no habla con ángeles, como su hijo. Es tan solamente una persona inteligente, con capacidad para razonar.

—*¿Vais a defender vosotros a Baal?* —argumenta Joás—. *¿Acaso vais a salvarlo vosotros? Bien es sabido que quien le falte el respeto caerá muerto antes del alba. Si es cierto que es un dios, que se defienda él mismo, ya que le han profanado el altar*[3] (Jue 6,31).

Y ante palabras tan sabias, los adoradores de Baal se marchan tranquilos a casa. Porque ellos entienden que si un dios lo es de verdad, no necesita que lo defiendan los hombres. Si es un dios, ya sabrá él como defenderse, que para eso es dios.

Esta idea solamente es lógica, sin embargo, si figura en nuestra historia bíblica **después** de la derrota de Faraón en el Mar Rojo. Conocido aquel episodio, entendemos la clase de

---

[3] Traducción propia.

poder que tiene un dios que lo sea de verdad. Y nos damos cuenta que es absurdo salir con algo tan ridículo como lanzas y espadas para avanzar sus propósitos.

Joás, sin embargo, es un hebreo, sí, pero renegado. El santuario de marras a Baal estaba en su propiedad. He aquí el sentido de ironía con que los sabios escribas de Israel dieron forma a esta historia. Porque en toda la historia de Gedeón, los únicos que entienden, a la primera, que son los dioses los que salvan a los hombres, y no al revés, son Joás y los adoradores de Baal.

Gedeón todavía no se entera, sin embargo, y hay señales sobrenaturales que lo convencen que hay que empezar una guerra por Dios y por la patria. No sé si en la historia de la humanidad es que haya habido alguna guerra de religión que no viniera acompañada de señales sobrenaturales, como esta señal del vellón a veces seco, a veces mojado. No digo que no sea cierto. Lo que digo es que las guerras de religión siempre vienen alentadas por apariciones de ángeles o de Santiago o del dios que sea, y sus fuegos están siempre abanicados por señales en los cielos y en la tierra.

El caso es que Gedeón reúne un ejército impresionante de voluntarios hebreos.

Sin embargo Dios por fin consigue hacerle entender que no es por la multitud de guerreros sino por el propio poder de Dios que han de conseguir la victoria. En realidad, lo único que necesitará Gedeón son unas trompetas, unas antorchas y unos cántaros de barro. Todo lo demás lo hará Dios. Y así, poco a poco, Dios va consiguiendo que Gedeón mande gente a casa.

Sí, por obligación, pero no por convicción.

Una vez que Dios ha puesto en fuga el ejército enemigo, Gedeón vuelve a reclutar a todos los miles que había mandado a casa y otros tantos más, para que la victoria sobrenatural de

Dios se transforme ahora en masacre a mano de hombres. Entonces emprenden una persecución de los fugitivos, para aniquilarlos hasta el último hombre. Sí, porque Dios tal vez valga para darles un buen susto; pero para lo que es derrotarlos, derrotarlos de verdad, para eso están Gedeón y sus huestes. Dios sirve, tal vez, para empezar la obra; pero desde luego Gedeón no piensa esperar a ver si Dios es capaz de terminar lo que ha empezado.

Esta historia tan bonita y edificante no termina aquí. Envalentonado por sus éxitos, Gedeón castiga brutalmente a los hombres de Sucot , una ciudad israelita, porque no le prestaron ayuda cuando se la pidió. Y al final vemos que Gedeón mata también a sus prisioneros de guerra. Porque está claro que en cuanto invertimos los papeles, en cuanto somos nosotros los que tenemos que pelear las guerras de Dios y no Dios quien pelea las nuestras, la violencia desatada es terrible. No sé si existe peor violencia, violencia desinhibida, sin ningún tipo de freno, que la de la gente religiosa cuando pelea por Dios y por la patria.

Y no, todavía no hemos terminado con Gedeón. Porque como general victorioso que es, tiene derecho al botín y como se ha ganado el derecho a ello, copula con multitud de mujeres y es padre de setenta hijos varones, sin contar las hijas.

¡Ah, pero yo estoy convencido de que estas cosas se escribieron así, en estos términos tan exagerados, para que entendamos qué es lo que hay en juego! Se escriben con ironía cargada de rabia, se escriben en términos que rozan la farsa, para obligarnos a penetrar más allá de la superficie y que empecemos a comprender que éste no era el camino.

Porque había otro paradigma para la guerra de Dios, y esa es la derrota militar más absoluta que conoce el relato bíblico.

La derrota del ejército de la potencia imperial más importante de la región, Egipto, sin que ni un solo hebreo levantara la mano.

Ese paradigma tiene continuidad, por ejemplo, en la historia de Sadrac, Mesac y Abednego. Ellos lo entienden perfectamente:

—*Mira* —dicen—, *si así ha de ser, nuestro Dios a quien servimos es capaz de salvarnos del horno de fuego incinerador. Y de tu mano, oh rey, nos salvará. Pero mira que si no, has de saber, oh rey, que no serviremos a la estatua de oro que has erigido, ni la adoraremos*[4] (Dn 3,17-18).

Sí, porque si Dios quiere, puede. Pero si Dios si no lo quiere, ¿quién es uno para tomar armas y emprenderla con violencia? ¿Acaso sabemos nosotros mejor que Dios lo que conviene? Si Dios fuera un inútil, si no tuviera ningún tipo de poder ni capacidad para realizar sus proyectos y cumplir sus promesas, entonces tiene lógica que hagamos nosotros lo que Dios es incapaz de hacer —aunque ya quisiera él poder hacerlo.

¡Ay, la Biblia está llena de ejemplos de hombres que estaban absolutamente convencidos de estar sirviendo a Dios mientras negaron con sus actos el poder de Dios como Salvador! Negaron con su violencia y con sus armas el poder de Dios para defenderse a sí mismo y para defender a los suyos —siempre que en su inescrutable sabiduría considere que toca defenderlos.

Los dos desenlaces de la historia bíblica

Llegamos así al desenlace de toda esa historia bíblica, el desenlace de las narraciones que recogen por escrito la memoria colectiva de Israel. En realidad, esta historia tiene

---

[4] Traducción propia.

dos desenlaces, que son muy diferentes y sin embargo discurren en paralelo.

Por un lado la historia del Antiguo Testamento tiene su natural desenlace en Jesús hijo de María, agonizando sobre una cruz romana y que sin embargo inspira esperanza a generaciones enteras de todas las gentes de la tierra. Gentes que, paradójicamente, hemos visto en él un Salvador.

Pero por otro lado la historia del Antiguo Testamento tiene también su natural desenlace en el judaísmo rabínico que en la práctica vivió como Jesús había enseñado que había que vivir. Por lo terrible de la derrota que sufrieron con los romanos ellos sí —los cristianos no— aprendieron a confiar única y exclusivamente en la gracia de Dios para su supervivencia personal y para la supervivencia de su pueblo.

Incapaces de defenderse de nosotros sus enemigos a muerte, no les quedó otra que esperar pacientemente en Dios. Odiados en todas partes por la única razón de que se mantenían fieles a sus tradiciones, emigraron una y otra vez, de aquí para allá, y así acabaron dispersos por todo el planeta. Y sin embargo en cada rincón de la tierra el Señor los prosperó y el Señor les dio posteridad y descendencia. Su peor enemigo de toda la historia, Hitler, murió estéril, sin hijos; pero hoy los judíos son más numerosos que cuando Hitler empezó a perseguirlos.

No quiero hablar de estas últimas generaciones, cuando el sionismo ha trastocado todo esto y ha hecho de Israel el máximo exponente de confiar siempre en las armas, nunca jamás en Dios. Prefiero recordar las largas generaciones cuando el judaísmo fue la luz del mundo mientras los cristianos fuimos crueles, violentos, guerreros, incapaces de comprender que se pueda esperar en Dios en lugar de confiar en las armas.

Pero aunque los cristianos no hemos sabido enterarnos, como tantísimos de los grandes personajes de la historia bíblica tampoco habían sido capaces de enterarse, Jesús sí se enteró. Y Jesús sorprendió a su generación y nos sigue sorprendiendo hoy, con la lucidez extraordinaria de su propuesta de una humanidad sometida de verdad al reinado de Dios.

Su idea es sencilla. Dejemos a Dios hacer de Dios y limitémonos nosotros a amar al prójimo, a bendecir al que nos maldice, a perdonar ofensas, a dar agua y pan y unas palabras de aliento al enemigo, nunca jamás devolver mal por mal sino al contrario, responder siempre con el bien. Y Dios, si a Dios le parece bien, nos salvará y nos protegerá, nos prosperará y nos dará descendencia sobre la tierra. Pero aunque no, siempre será más bello padecer como Jesús y con la misma esperanza que Jesús, que adoptar las conductas de los romanos que lo crucificaron.

5. Los salmos de David y los héroes de la fe

Una de las mayores dificultades con que se encuentra la propuesta expuesta hasta aquí, en los capítulos 1-4, tiene que ser la figura inmensa —e inmensamente edificante— del rey David en el libro de los Salmos.

Otra dificultad es la lista de los «héroes [militares] de la fe» enumerados en Hebreos 11, donde el autor apostólico no parece albergar la más mínima duda de que ellos y Jesús entendían las cosas de la misma manera.

Vida y obras de David

Tal vez la calificación del joven pastorcillo como «un hombre conforme al corazón de Dios» sea lo más fácil de contestar en relación con el rey David. Abundan en la experiencia humana ejemplos de personas que han empezado en su juventud de una manera y han ido cambiando a lo largo de sus años, hasta ser recordados al fin por cualidades muy diferentes a las que los describían en la juventud. Que en determinado momento de su vida alguien pueda ser tipificado como «conforme al corazón de Dios» no es lo mismo que poner ese mismo sello de aprobación sobre toda su vida posterior. Así como Moisés, que a su muerte fue recordado como un hombre de mansedumbre extraordinaria, jamás

habría sido descrito así cuando era un joven asesino impetuoso y consentido en la corte de Faraón.

Con los salmos de David, sin embargo, tenemos algo que va mucho más allá del calificativo de un momento. Esos salmos recorren la vida entera de David desde la juventud hasta la vejez. La pureza y belleza de muchísimas de sus frases de alabanza, confianza en Dios, confesión y contrición, petición de misericordia, y otra vez gratitud, manifiesta una sensibilidad espiritual impresionante, el cultivo permanente de la consciencia de la presencia de Dios. Siendo como son estos salmos de tanta inspiración para el adorador cristiano del mismo Señor al que adoraba David, ¿cómo íbamos a poder imaginar que el camino que emprendió David fuera equivocado, que su vida fuera otra cosa que la purísima voluntad del Señor?

Volveremos a esa pregunta, que es precisamente lo que queremos tratar de explicar. Pero empecemos por observar lo que nos cuenta el relato bíblico acerca de la carrera de David. Porque hemos afirmado, en otro capítulo aquí, que las palabras de alabanza acerca de David suenan a ironía o sátira, parecieran querer ser entendidas al contrario de su sentido natural, si se tiene en cuenta la clase de persona que David de verdad fue.

El rey Saúl, contra cuyo telón de fondo David se plantea como mucho más edificante, resulta sin embargo pintado como una figura hondamente trágica, mucho más que malvada o perversa. Escogido —igual que el propio David— por el profeta Samuel con idénticos augurios de grandeza y gloria, igual convencimiento de su valía como caudillo para el pueblo de Israel, Saúl se encuentra ante la dificultad de que se le exige sustituir a Samuel, sin que éste se acabe de retirar ni de cederle el lugar. Su situación es imposible y su fracaso inevitable.

Samuel ha sido el último de la sucesión de los «jueces» levantados por el Señor como libertadores militares de Israel, que después de la victoria continúan con una función de gobierno en tiempos de paz, y empiezan a delegar esas responsabilidades en sus hijos. El ejército voluntario israelita, sin embargo, ama y respeta a Samuel pero desconfía de sus hijos y exige una monarquía hereditaria al estilo de las que gobiernan en todas las naciones alrededor. Samuel, naturalmente, se toma esto a la tremenda como un rechazo de su valía personal. ¡Nunca antes había sido rechazado en vida el gobierno de un juez libertador de Israel! Obligado por las circunstancias y en consulta con el Señor que habla con él como con un profeta, Samuel elige a Saúl pero protesta enérgicamente que la monarquía será un desastre. Permite, hasta cierto punto, que Saúl ejerza de general del ejército; pero no admite que asuma ninguna de las reales prerrogativas sacerdotales ni proféticas que habrían afianzado ante el pueblo la idea de una conexión directa entre el rey y Dios. Esto también era lo que significaba ser rey; al negárselo a Saúl, Samuel en efecto pretende que Saúl funcione siempre como general a sus órdenes, de Samuel.

Samuel provoca a Saúl situaciones imposibles. Como Saúl no puede, efectivamente, cumplir con su llamamiento a ejercer de rey y a la vez obedecer órdenes cada vez más irracionales e imposibles que le manda Samuel, al final pierde el equilibrio mental y termina sus días un hombre atormentado, comido de celos y envidia, con arrebatos de locura asesina.

David surge durante los años de la rivalidad entre Samuel y Saúl, y marcado por los accesos de celos asesinos de Saúl. Huyendo del rey, a su alrededor va congregando una banda de forajidos que viven del pillaje y la extorsión en su tierra nativa cerca de Hebrón. Cuando Saúl se hace fuerte contra su

bandidaje, David al final se pasa a los filisteos que están en guerra encarnizada contra los israelitas. Con su banda de mercenarios a las órdenes filisteas, la violencia de la carrera criminal de David va en aumento. Ahora se dedican a aniquilar poblaciones enteras, asegurándose siempre de que jamás quede ningún sobreviviente que pueda identificar quién es el que está asolando el país. Con los beneficios que gana de esta actividad criminal, David va comprando la lealtad de su propia tribu de Judá, hasta que por fin, muertos Saúl y sus hijos, los judíos lo nombran rey en Hebrón. El rey filisteo lo sigue considerando fiel vasallo; en efecto, Judá ha pasado así a aceptar sin rechistar la soberanía que venían reclamando los filisteos.

A la postre, este bandido que no deja sobrevivientes, ascendido ahora a rey de su tribu, empieza una carrera de expansión y anexión de nuevos territorios a su reino de terror como señor de la guerra victorioso contra todo enemigo. Consolidado su poder sobre todas las tribus de Israel, ataca a traición la ciudad jebusea de Jerusalén, en territorio que no conoce lealtad a ninguna de las tribus. Por consiguiente la ciudad, ahora de su propiedad personal, será conocida como «La ciudad de David». Alarmados los filisteos por su poderío creciente, deciden que toca ejercer un control más directo de su vasallo. David los derrota y a la postre, se servirá de la élite militar filistea como parte de su guardia pretoriana, «los *peleteos* (filisteos) y cereceos». Después, uno a uno, van cayendo otros reinos alrededor de Israel. Con cada campaña militar consigue hacer acopio de inmensas riquezas materiales —y de esclavos, que es la condición en que acaban sus enemigos. Nunca parece cambiar de hábitos ni concebir del gobierno de otra forma que como ejercía ya al principio, como capo del crimen organizado.

La violencia característica del reinado de David contagia también la propia vida de su familia, tan poco edificante como su forma de entender el gobierno. El alzamiento del príncipe heredero Absalón, uno de varios hijos que se rebelaron contra la tiranía de su padre David, es especialmente sintomática porque el relato bíblico nos deja ver que el alzamiento de Absalón se asentó sobre el hartazgo generalizado que había en Israel, por el desinterés de David en la justicia en el reino. Absalón había sufrido ese desinterés por la justicia en el propio seno familiar, cuando David se desentendió de una hermana de Absalón violada por un anterior príncipe heredero, hijo de otra madre.

Al final el ejército de voluntarios de Israel se rebela y David solamente consigue salvar el reino y el pellejo, gracias a sus tropas mercenarias y a su guardia pretoriana, compuesta mayoritariamente de filisteos. Estos consiguen derrotar al ejército israelita e imponer una paz muy frágil. Por último Salomón —con la ayuda inestimable de su madre— consigue derrocar pacíficamente a David, haciéndose con las riendas efectivas del poder y de los mercenarios «peleteos y cereceos». David parece haber reconocido por fin que él ya no era capaz de gobernar a Israel.

A cada paso de su carrera, su sobrino y general Joab, había asesinado oportunamente a traición a diferentes personas que parecían un obstáculo insalvable para las aspiraciones de David. David siempre se había desvinculado de esos asesinatos aunque salió ganando con cada uno de ellos. Pero nunca quiso perdonar en particular el asesinato del príncipe heredero Absalón, y la humillación de tener que mostrarse públicamente agradecido por esa muerte. Al final entonces, David acabó maldiciendo hasta a Joab, su más estrecho colaborador, sobrino y compañero en el crimen.

Esta es la sórdida realidad —comiéndonos muchos de los detalles— de la vida y hechos del rey David, tal cual la cuentan los dos libros de Samuel.

En 2 Samuel 21,19 pareciera que a los escribas de Israel se les ha colado un error, por cuanto pone ahí que en la guerra contra los filisteos, Eljanán hijo de Yaerí Oreguín, de Belén, mató al gigante Goliat. Pero ¿y si no es un error? Tal vez sea otra pista más entre las que han dejado a propósito en el texto, de que en la historia oficialista sobre las virtudes y glorias del rey David, no todo es lo que parece. Tal vez están buscando la complicidad de lectores avispados que sepan leer entre líneas.

David, figura literaria

Bien es posible que David existiera —hace unos tres mil años— y que su vida fuera más o menos como nos la cuentan los libros de Samuel. Se ha encontrado en una excavación arqueológica una referencia posible a la Casa de David, lo cual constituiría hasta ahora la única confirmación exterior a la Biblia, de que en efecto existió esa dinastía, más o menos cuando lo situaría el texto bíblico y coincidiendo con la mucho más importante Casa de Omrí en Samaría (Israel).

Aunque la información sobre David en la Biblia fuera más o menos correcta, sin embargo, la figura de «David» en la Biblia es ante todo, una figura literaria. Ocupó un lugar de privilegio en la imaginación de los sabios escribas de Israel como prohombre fundador del reino. Se encuentra a caballo entre la leyenda y la historia, como pasa con nuestros Reyes Católicos, como pasa con Napoleón Bonaparte o Abrahán Lincoln o Adolfo Hitler. Cierto tipo de personajes abandonan muy rápidamente la condición estrictamente humana, para ingresar en «la Historia» —escrita con mayúscula— donde todo el mundo cree saber quiénes fueron y qué fue lo que hicieron y

consiguieron; donde la fábula y la leyenda y la realidad se mezclan inseparablemente.

En el proyecto de construcción de la historia nacional de Israel, cuya finalidad siempre ha sido más teológica que historicista, el personaje de David ocupa más capítulos de la Biblia que ningún otro personaje con la sola excepción de Jesús en el Nuevo Testamento y tal vez Moisés en el Antiguo. Pero a diferencia de lo que pasa con Moisés y Jesús, la vida de David nos viene descrita con una extraordinaria riqueza psicológica, en un abanico impresionante de diferentes situaciones personales, familiares, políticas y militares a lo largo de una vida relativamente larga, todo ello escrito con un realismo impresionante.

La vida de David se lee con el mismo tipo de placer con que leemos novelas, porque al verle pasar por tan amplio espectro de situaciones, ver sus tropiezos además de sus victorias, su contrición y arrepentimiento pero también su orgullo y sed de venganza ilimitada, sabemos —como sabemos al leer una novela importante— que estamos aprendiendo acerca de la naturaleza humana y por consiguiente, acerca de nosotros mismos.

Luego además de eso, el lujo de detalle con que se describe la fundación del reino y de la dinastía en Jerusalén, nos brinda material teológico y de reflexión y meditación para analizar si es que sea posible comprender cómo es que algo que empezó aparentemente con tanta bendición y tanto beneplácito divino como la Casa de David, sin embargo en cuatro siglos acabase tan en ruinas. Porque nunca debemos olvidar que los sabios escribas de Israel nos han brindado este material para que reflexionemos acerca de cómo es que actúa Dios en la historia —que no es, no necesariamente, como

alegan nuestros líderes políticos, militares y religiosos, ni siquiera nuestros profetas nacionales.

Los Salmos «de David»

Una de las cosas que todo el mundo piensa saber sobre David es que una proporción importantísima de los Salmos fueron compuestos por él.[1] Este es un equívoco natural, provocado por algunas dificultades de traducción de la expresión hebrea *l'David*, que figura en el encabezamiento de muchos Salmos.

La letra hebrea *lamed* (nuestra *ele*) empleada como prefijo para un sustantivo o para un nombre personal (o para un verbo en infinitivo), tiene un significado claro en el hebreo: *para.* Según el contexto, también puede traducirse con nuestras expresiones *hacia, acerca de, con relación a, en beneficio de, en honor de, dedicado a.*

Puede también traducirse con nuestra preposición *de*, aunque en un sentido muy concreto: En los poemas descubiertos en Ugarit (en un idioma relacionado con el hebreo aunque mucho anterior en el tiempo) la expresión inicial *l'baal* o *l'keret*, es una dedicatoria: «a Baal», «a Keret». También podría indicar la colección literaria a la que pertenecen: un ciclo de salmos dedicados a Baal o a Keret. De la misma manera, algunos de nuestros salmos se designan como «de los hijos de Coré» o «de Asaf» porque *pertenecían a* esa colección o *se habían copiado de* esa colección.

---

[1] Esta sección está basada en mis apuntes para el cursillo de «Los Salmos» para el Centro Teológico Koinonía. Me parece recordar que en la preparación de esos apuntes, había utilizado bastante *The Psalms: Their Origin and Meaning*, por Leopold Sabourin, S.J. (New York: Alba House, 1974).

Ese sería el sentido de la expresión «salmo de [nombre personal]». Se entendería como un *de* de clasificación, no de autor con el sentido de *por* («por Asad», «por David»).

En el hebreo tardío (últimos siglos a.C.), algunos empezaron a utilizar el prefijo *lamed* como atribución de autor (Hab 3,1). Sin embargo cuando se traduce la versión griega de los Salmos, el prefijo *lamed* se expresa correctamente con el caso dativo (con el sentido: *a, para, con referencia a*). Por último la Vulgata latina (siglo IV d.C.) se decanta por el caso genitivo (con el sentido: *de, por*), como atribución de autor. Una interpretación desafortunada, por equivocada, que sin embargo se ha perpetuado en la imaginación y creencia de muchos cristianos.

1-2 Crónicas constituye el último proyecto bíblico de rearticulación del pasado como reflexión acerca del significado de la historia en relación con el Dios de Israel. Aunque el Antiguo Testamento cristiano ha relegado 1-2 Crónicas a una sección histórica, por el medio, y deja los profetas como conclusión final, la Biblia Hebrea culmina y concluye con 2 Crónicas. En 1-2 Crónicas —como fue cierto desde el siglo IV a.C. hasta el siglo I d.C.— lo esencial es el Templo, su pureza y sus liturgias y sacrificios. Esta concentración de atención en el Templo y su liturgia en Crónicas nos deja no solamente el nombre de David como fundador del culto, sino también los de diferentes funcionarios (y sus dinastías consiguientes) que estableció David para el culto. Allí aparecen como músicos y cantores algunos de los nombres que también aparecen en los encabezamientos de Salmos con el *lamed* de atribución o clasificación. Y en los Salmos aparece también, con especial preeminencia y frecuencia, el nombre de David para esos mismos efectos.

Las narraciones bíblicas cuentan del talento musical de David (1 Sam 16,16-18; Am 6,5), sus dotes para la poesía (2 Sam 1,19-27; 3,33s.) y su amor a la liturgia (2 Sam 6,5. 15s.). Está claro que los sabios escribas que nos legaron el Antiguo Testamento quisieron que entendiéramos que David bien pudo componer algunos salmos. El Salmo 18 viene atribuido a David en 2 Sam 22. Aunque la designación hebrea *l'David*, entonces, no signifique necesariamente *por David*, tal vez algunos salmos sí lo sean.

La designación de un salmo como *l'David*, en cualquier caso y como se ha explicado, no significa que los que ultimaron la colección de los Salmos creyeran que David lo haya escrito. Por consiguiente, aquellas otras anotaciones específicas que frecuentemente encabezan esos salmos y que lo sitúan en un momento concreto de su vida, que lo relacionan con algún episodio conocido de su biografía, no nos está informando la fecha de composición del salmo ni las circunstancias exactas cuando se compuso.

Esos encabezamientos, sin embargo, no carecen de interés, sino que son una guía de capital importancia para comprender el estado de ánimo que el salmo pretende comunicar. David es con creces el personaje bíblico del que más historias trae la Biblia, desde sus años mozos hasta su muerte ya hecho un anciano. La suya es una vida increíblemente llena de altibajos, donde se producen todos los registros imaginables de experiencia y sentimiento humano. La mención de determinado episodio en la vida de David, entonces, nos sintetiza de una manera gráfica, clara e inmediata, el tipo de situación vivencial o emocional o del espíritu, donde es especialmente apto recitar o entonar ese salmo. Es de una utilidad inmejorable para comprender el efecto que el salmo puede tener para nosotros hoy.

Esto significa, entre otras cosas, que cuando algunos autores en el Nuevo Testamento se refieren a «David» al citar un salmo, no debería entenderse eso como una revelación sobrenatural sobre el autor del salmo en cuestión. El nombre de «David» era en la época apostólica —y sigue siendo hoy día— sencillamente una forma de referirse a los Salmos en general. Incluso a aquellos donde no figura David en el encabezamiento, o bien figura otra persona.

Jesús mismo emplea el nombre de «David» de esta manera para referirse a los Salmos en general, a la vez que se desentiende claramente de los esfuerzos de sus contemporáneos por provocarle a asumir un papel y unas conductas más o menos análogas a las que se atribuyen en la historia al rey David. Pudo emprender ser *otra clase* de rey de Israel, pudo adoptar otras actitudes y conductas radicalmente diferentes a las atribuidas a David, sin sentir en absoluto que hubiera que sacrificar su apego al «David» de los Salmos.

Los «héroes de la fe»

El capítulo 11 de Hebreos es conocido de todos por traer su majestuosa definición de lo que es la fe, seguida de un capítulo entero donde podemos ver los efectos de la fe en acción.

¡Ni siquiera hace falta estar prestando especial atención al leer este capítulo, para caer en la cuenta de que aquí no todo es lo que parece! Porque empieza describiendo todo tipo de situaciones de éxito y victoria, pero el capítulo termina alabando una larga lista de mártires que murieron sin conseguir lo que esperaban.

La fe bien puede provocar milagros y victorias sobrenaturales —nos parece querer explicar este capítulo— pero no es por milagrosa ni por victoriosa que hemos de reconocerla,

sino porque su objeto es Dios. No es fe en la fe, no es fe en la victoria, no es fe en el milagro. Ninguna de estas cosas distingue la fe que quiere que consideremos el autor anónimo o autora de Hebreos. La fe auténtica se distingue solamente por ser fe en Dios. Pase lo que pase, nos vaya como nos vaya, fe en Dios. En victoria y en derrota, en salud y enfermedad hasta la muerte, en éxito y fracaso, en amistades de fiar y cuando sufrimos traición, cuando nos toleran y cuando nos persiguen, fe en Dios.

Una vez hecha esta observación inicial de que aquí hay sorpresas, de que aquí no todo es lo que parece, podemos fijarnos en algunos de estos «héroes de la fe» que son, en efecto, héroes militares de la historia de Israel en el Antiguo Testamento :

> *¿Y qué más decir? Me falta tiempo para contar detalladamente acerca de Gedeón, Sansón, Jefté, David y Samuel y los profetas, que por la fe pelearon contra reinos, hicieron justicia, consiguieron lo prometido, cerraron bocas de leones, apagaron incendios arrasadores, huyeron del filo de la espada, de la debilidad arrancaron fuerza, se hicieron fuertes en batalla, hicieron retroceder al enemigo. Las mujeres recibieron gracias a la resurrección sus muertos, pero otros fueron aporreados sin aceptar ser rescatados, para alcanzar más ventajosa resurrección. Y otros padecieron burlas y azotes, además de cadena y cárcel…* (Hb 11,32-36).[2]

Nos pasaría con Sansón, Jefté y Samuel algo muy parecido a lo que ya nos ha pasado con Gedeón y David en diferentes puntos de este librito: que mirados de cerca se ven de otra manera que distorsionados por fabulaciones ingenuas acerca

[2] Traducción propia.

de su ejemplaridad. De los cinco, el que tal vez pudiera aguantar un cierto escrutinio sería Samuel.

Desde luego, ni Sansón ni Jefté serían personas que nadie quisiéramos tener en la familia:

La fatal atracción que sentía Sansón por las mujeres filisteas le amargó la vida personal y sólo consiguió agrandar la enemistad entre israelitas y filisteos. Muchos de los detalles de la historia de Sansón son los mismos que hallaremos en el mito de Heracles o Hércules. Cuando muere Sansón, sin embargo, no asciende como un dios al Olimpo. Al contrario, su vida parece enteramente sin sentido ni finalidad, a pesar del don de fuerza sobrenatural que había recibido al nacer. Tal vez el propósito de que la Biblia cuente —con Sansón— su propia versión de la historia de Heracles, es precisamente este: el de llevarnos a la conclusión de que nada se consigue de importancia con fuerza descomunal y proezas de armas. Llevarnos a reflexionar sobre lo sin sentido ni interés que resulta una vida desperdiciada como la de Sansón.

Sobre Jefté me parece que he escrito en algún otro lugar. Naturalmente, la primera cosa que todos recordamos de él fue el paganismo rotundo de sus ideas, convencido como estaba de que el Dios de Israel pudiera tener algún interés en que cumpliese su estúpido voto de ofrecerle en sacrificio humano a su propia hija. Pero también es útil recordar que después de «liberar» a sus compatriotas del enemigo extranjero, este Jefté sobre quien nos cuentan que había caído el Espíritu del Señor para tan loable carrera militar, acabó inmerso en una guerra civil entre israelitas donde murieron muchos más de sus compatriotas que en la anterior guerra contra extranjeros. Guerra civil tan absurda como el sacrificio de su hija, ya que el motivo era sencillamente el orgullo y el honor de estos hombres vanidosos, crueles y homicidas.

¿Qué pintan estos cinco, entonces, en este punto de la Carta a los Hebreos?

Como quien la escribió era seguidor de Jesucristo, hay que pensar que los valores que orientaban su vida y testimonio fueron los de Jesús, no los de ninguno de estos personajes, por mucho ejemplo de «fe» que viera en ellos. Difícilmente nos va a estar queriendo decir que hemos de dejar de «tomar la cruz de Cristo», para tomar ahora la espada de Jefté o de David.

Tampoco parece muy convencido de que con las armas se consiga los objetivos de paz y prosperidad y bienestar que se pretende —por cuanto este párrafo que empieza con esos varones aguerridos pero llenos de fe en el Señor, puede que nos mencione algunas victorias, pero nos recuerda muchas más derrotas, martirios y padecimientos.

Y por supuesto, lo que dice con claridad es que la victoria de armas no es evidencia de la corrección de las ideas ni de la pureza de la fe ni del beneplácito del Señor. Porque esa misma fe en el Señor opera en los derrotados que en los vencedores, en los mártires que en los militares gloriosos.

Al final, uno no puede más que lamentar que al autor de la Carta a los Hebreos, le haya faltado tiempo para contarnos lo que tenía ganas de escribir acerca de estos cinco. Quizá era, de verdad, su propósito recomendarlos como personas cuya vida personal y familiar, su conducta social y la facilidad con que derramaron sangre, sus ideas sobre sacrificar en el altar una hija, son dignas de imitar por todo cristiano. Pero también pudiera ser que lo único que pretendía era estimularnos a recordar que a lo largo de toda la historia de Israel, Dios siempre fue fiel y que nunca yerra quien pone en Dios su fe.

6. La importancia del Antiguo Testamento

Pocas semanas después de dar estas conferencias para Taller Teológico de la Facultad de Teología SEUT, me encontraba en EEUU asistiendo al Congreso Mundial Menonita (CMM) que se celebró en Pensilvania. Charlando con un teólogo amigo, Nelson Kraybill (actualmente presidente de CMM), me preguntó en qué estaba trabajando últimamente. Le comenté el tema de este Taller y la idea que tenía de ampliar las conferencias para transformarlo en libro. Cuando oyó mi tesis de leer la historia del Antiguo Testamento como leemos los discursos de Elifaz, Bildad, Sofar y Elihú en el libro de Job, le pareció una idea interesante pero arriesgada. Se preguntó cómo me las iba a apañar para no acabar poniendo en cuestión la inspiración del Antiguo Testamento.

No es la primera vez que me hacen esa clase de advertencia. Recuerdo una ocasión cuando prediqué animadamente —ante una asamblea de varios cientos de pastores y líderes de iglesias en EEUU— sobre el texto donde Jesús habla de que «todo escriba bien instruido en el reinado de los cielos» es como el padre de familia que abre el viejo cofre donde se guardan los objetos que atesora la familia. Se ve obligado a echar fuera objetos nuevos y viejos por igual —hay que suponer que para hacer lugar para otras cosas más valiosas que ahora tiene que guardar.

Comenté que Jesús en general se mostraba poco paciente con los que se aferran tan tozudamente a lo que ya tienen, que no son capaces de recibir nada nuevo que les quiera derramar el Espíritu. Comenté que los escribas bien instruidos en el reinado de Dios no solamente tienen que deshacerse de cosas nuevas, sino de cosas viejas también. Que la asombrosa libertad del Espíritu que movió a Jesús y a los apóstoles a reinterpretar algunos pasajes del Antiguo Testamento y a ignorar por completo otros muchos más, es la misma libertad del Espíritu con que tenemos que leer nosotros la Biblia. En medio de esta defensa encendida del papel del Espíritu —que no solamente la Escritura— como Revelador de la verdad divina, alguien alzó la voz para decir, riendo como queriendo azuzarme para seguir por ese camino: «¡Cuidado! ¡A ver adónde vas a ir a parar!»

Expliqué que sabía muy bien adónde quería ir a parar, que es lo mismo que aquí: Quiero ir a parar en que es Jesús, el hijo de María, el hombre de carne y hueso que dijo unas cosas pero no dijo otras, que hizo ciertas cosas pero no hizo otras, que fue el rey legítimo de los judíos pero no imitó ninguna de las hazañas de armas de David, ninguna de las obras faraónicas de Salomón a cargar sobre las espaldas del pueblo —él, Jesús, el Cordero inmolado, es a quien seguimos. Es de él que recibimos instrucción. Somos discípulos de él, no de ningún otro. Y todo lo que no se tiene en pie como coherente con su espíritu y con su forma de actuar y de tratar al prójimo, hay que «echarlo fuera» del viejo arcón de nuestros tesoros. Esa expresión, «echar fuera» con que describe Jesús la acción del que abre su tesoro en Mt 13,52, es la palabra griega *ekballo*, la misma que describe lo que hacía Jesús con los demonios.

Entiendo que algunos se me pongan nerviosos.

El Antiguo Testamento es irrenunciable

Recuerdo la crítica que he recibido con respecto a otros de mis trabajos, por ejemplo *La autoridad de la Palabra en la Iglesia* y «Números 31: Historias inmorales en el texto sagrado». Se me ha acusado de que al final, el efecto es que el intérprete del texto bíblico —y este servidor muy en particular— acaba arrogándose un poder personal, subjetivo. Un poder no para ser juzgado e instruido por las Escrituras, sino para juzgar entre ellas cuáles me parecen morales y aceptables —inspiradas por Dios— y cuáles inmorales e inaceptables y de origen falible humano.

He sido acusado de marcionismo. Se recordará que en el siglo II, Marción rechazó el Antiguo Testamento y rechazó al que él entendía ser un dios inferior que aparece en el Antiguo Testamento, por considerar que la moral que hallaba ahí era tan inferior a la moral que enseñó Jesús; la moral del dios judío, tan inferior a la del Padre de Jesús.

Yo siempre he considerado injusta esa equiparación entre mis ideas y las de Marción y he pensado que he venido explicando satisfactoriamente el abismo que hay entre mi forma de abordar la cuestión y la de Marción.

Siempre he expresado claramente, por ejemplo, el profundo rechazo que siento por el antisemitismo de Marción y su intento de extirpar cualquier tacha de judaísmo que se pudiera encontrar hasta en el propio Nuevo Testamento.

A mí, al contrario, me parece que Jesús, desvinculado de su honda raigambre en el pueblo de Dios y la historia del Antiguo Testamento, acaba siendo un Jesús falsificado —«otro Cristo», como diría Pablo. Jesús fue seguramente un reformador y renovador de la fe de Israel; no se limitó a solamente repetir viejas tradiciones. Pero su vida y obra y palabras y ministerio, y su muerte en la cruz, solamente tienen sentido como

continuación y cumplimiento de la fe y la esperanza de Israel. El Dios y Padre de Jesús no puede en ningún caso ser alguien diferente del Dios de Abraham, Isaac y Jacob —el Señor de Israel, santificado sea su Nombre.

Santificar el Nombre es la razón de existir del pueblo judío hasta el día de hoy, como atestigua por ejemplo el *Kadish* que se reza en memoria de los muertos. No deja de ser significativo que la santificación del Nombre es precisamente la primera exclamación del Padrenuestro que nos legó Jesús, como botón de muestra de lo hondamente arraigado que estaba en él ese sentimiento de identidad judía.

No considero que sea necesario repetir aquí las explicaciones detalladas que ya he dado en otros lugares para defender que si bien puede que a algunos les parezca verosímil equiparar mi pensamiento al de Marción, sin embargo mi actitud con respecto al Dios de Abraham y al Antiguo Testamento es enteramente contraria al rechazo que expresó en su día Marción.

Aquí lo que estoy proponiendo es algo muy diferente. Lo que propongo, es que empleemos el libro de Job como paradigma para la lectura de la historia de Israel que trae el Antiguo Testamento.

No considero aceptable rechazar como no inspirado, como inútil para la construcción teológica, el grueso del libro de Job. Los largos discursos de los amigos de Job son necesarios para la comprensión del mensaje del libro. Sin esos discursos el libro carece de sentido ni coherencia ni mensaje. Es importante que esos discursos sean especialmente persuasivos en su lógica interna, para que entendamos por qué esa lógica y esa teología que proponen es inadecuada para explicar la vida y para comprender cómo a veces Dios parece darnos la espalda.

Si el libro entero de Job ha sido inspirado, entonces también los discursos de los amigos de Job están inspirados. Están inspirados dentro —pero solamente dentro— de la construcción del mensaje del libro entero. No se tienen en pie solos, como explicación independiente de la justicia de Dios. Si se quieren utilizar así, independientemente, resultan falsos. Pero son esenciales —por consiguiente inspirados— para que el mensaje del libro de Job tenga la fuerza y el valor teológico que tiene. Una fuerza y un valor teológico que no tendría el libro de Job si nos faltaran de él los argumentos contrarios, los que esgrimen los amigos de Job.

Lo que he propuesto aquí, entonces, sigue esa misma lógica. La historia de Israel que nos trae el Antiguo Testamento es la necesaria para que comprendamos por qué Jesús, por una parte, sea rey de los judíos, único Señor divino sobre la humanidad (frente a lo que se decía del emperador romano); y por otra parte, tan diferente en su conducta y en sus actitudes y en sus palabras, a lo que han sido siempre los reyes y señores y gobernantes de nuestras naciones.

Esto es lo que había que explicar. Que Jesús, siendo quien era y con los atributos de poder y autoridad que eran suyos por derecho propio, fuera sin embargo como se recuerda que fue y pensara como sus palabras indican que pensó. Que Jesús fuera así como culminación de la historia de Israel y dando continuidad al testimonio del Antiguo Testamento. Esto era lo inesperado, lo sorprendente, lo que había que explicar.

La forma tradicional de resolver la cuestión ha sido marginar en la práctica la enseñanza de Jesús, dejar su muerte en la cruz como un acto mágico que apacigua las iras de Dios y salva almas humanas del castigo eterno, para luego tomar las políticas y guerras de los «héroes de la fe» del Antiguo

Testamento como ejemplo a seguir para las políticas y guerras de los gobernantes cristianos.

Lo que yo propongo es empezar y terminar con Jesús, quien dijo ser el Camino, la Verdad y la Vida, único camino al Padre. Luego, habiendo empezado y terminado con Jesús, quiero volver atrás y tratar de comprender cómo pudo entenderse él estar en continuidad con lo anterior, cómo pudo él decir que no venía a abrogar la Ley y los Profetas sino a darles cumplimiento y culminación.

El primer paso, un paso que a mí me parece obvio y evidente, pero que empiezo a darme cuenta que para muchos no lo es, es el de observar la enormidad del contraste entre Jesús y algunos personajes emblemáticos del Antiguo Testamento como Josué, David o Salomón. Quien no sea capaz de ver claramente la inmensidad del contraste, no entenderá por qué me ha parecido tan esencial tratar de comprender en qué consiste la continuidad y grandeza de la identidad compartida de Jesús con sus antepasados y con sus correligionarios judíos.

El primer paso para mí, entonces, ha sido el de decir que sí, que toda la Biblia ha sido inspirada por Dios. Y a la vez reconocer que no toda ella dice lo mismo, como tampoco dice lo mismo todo el libro de Job.

La importancia del diálogo y el debate

La esencia de la Biblia es diálogo, un debate interior en el pueblo judío acerca de lo que significa ser pueblo escogido de Dios, un debate sobre quién y cómo es ese Señor de Israel cuyo Nombre es su vocación étnica santificar. En ese sentido, el Antiguo Testamento tiene mucho mayor continuidad con el Talmud y con el judaísmo rabínico que con el Nuevo Testamento y el cristianismo. No. Me corrijo: Estoy empezando a caer en la cuenta que el Antiguo Testamento halla exacta-

mente la misma continuidad en el Nuevo Testamento que en el Talmud, pero la teología cristiana no ha sido capaz de comprenderlo.

Los estereotipos son formas de describir a determinados grupos de una manera sucinta que aunque groseramente injusta con la enorme diversidad particular de las personas, sin embargo puede encerrar una observación generalizada acerca del grupo en general. Cualquier estereotipo, cuando se aplica a un individuo, es denigrante y falso; pero aplicado en general al grupo entero, puede no carecer de una cierta utilidad descriptiva.

Un estereotipo que se puede usar para describir la diferencia entre el cristianismo y el judaísmo según fueron tomando forma ya en los siglos IV y V de nuestra era[1], sería que el judío podía creer cualquier cosa acerca de Dios o incluso negar que Dios exista, con tal de que cumpliera los Mandamientos. Mientras que el cristiano podía comportarse de cualquier manera que le viniera en gana —hasta ser el más cruel violador de derechos humanos— con tal de que confesara el mismo Credo que el Papa y el Emperador.

Para los cristianos, la esencia de su religión ha sido estar hondamente convencidos de la verdad absoluta de determinadas afirmaciones doctrinales. Para los judíos, la esencia de su existencia como pueblo escogido de Dios es cumplir los Mandamientos.

Debería ser evidente la relación estrecha entre esa forma judía de vivir como pueblo escogido, y el Antiguo Testamento. De hecho, debería ser evidente su estrechísima relación también con la forma como se expresan los autores del Nuevo Testamento; pero especialmente Jesús.

---

[1] En el año 313 el emperador Constantino el Grande declaró la tolerancia del cristianismo. Hacia el año 500, se completa el Talmud babilonio.

El cristianismo, sin embargo, sufrió una honda transformación desde secta interna del judaísmo, a religión estatal del Imperio Romano (y de los diferentes reinos de la Europa medieval). El primer paso fue el necesario para ser aceptado por los romanos como *religio*, que no *superstitio*, que es como primero la conocían. Para esto los cristianos tuvieron que promover la idea de que los practicantes del cristianismo aportaban una función social y política análoga a la de la religión, que era la de conservar la buena voluntad divina para con el Imperio. Si el Imperio los dejaba en paz, ellos se comprometían a orar por el emperador y por la paz del Imperio. Se creía que los dioses de los paganos eran los garantes de la paz y la prosperidad. Los cristianos, que conocían al único Dios verdadero, podían interceder ante Dios para que él tuviera a bien conceder paz y prosperidad al Imperio.

Es curioso que pudieran plantear las cosas en estos términos, cuando entre sus libros sagrados estaba el Apocalipsis de Juan, que describía tan claramente a Roma como bestia y como ramera condenada a destrucción por ser lo diametralmente opuesto al Cordero inmolado. Para ello hubo que reinterpretar el Apocalipsis y gran parte del testimonio del Nuevo Testamento, leyéndolo ahora como profecías sobre un mundo lejano en el tiempo, que nada tenía que ver con las condiciones presentes de vida en el Imperio.

La mayoría de los cristianos sin embargo seguían practicando el estilo de vida que había enseñado Jesús. Tenían, por ejemplo, prohibido matar al prójimo. Los que se convertían siendo militares debían preferir el martirio antes que matar —o que condenar a muerte, si eran funcionarios de la justicia.[2] Para que el cristianismo pudiera eliminar la religión

---

[2] Esto está documentado meticulosamente en Jean-Michel Hornus, *It is Not Lawful For Me to Fight* (trad. inglés, Scottdale & Kitchener: Herald Press, 1980).

pagana y ocupar su lugar de privilegio en la sociedad romana, iba a tener que deshacerse de esa clase de escrúpulos. Nada más natural, entonces, que ignorar y «explicar» a la baja la exigencia de las palabras y el ejemplo de Jesús, para rescatar el ejemplo de los grandes héroes guerreros del Antiguo Testamento, como auténtica expresión de conducta y fe cristiana.

Así se relega a Jesús a salvador de las almas eternas, para que el emperador cristiano pueda seguir disponiendo de las vidas y la muerte de los mortales, como siempre lo habían hecho los emperadores paganos. Era sólo cuestión de tiempo hasta que para ser militar romano fuera obligatorio poder demostrar ser cristiano[3]. Ahora, para poder matar al prójimo legítimamente, había que estar bautizado.

Lo esencial no era ya una forma de conducta y de vida coherente con la vida y obras y muerte de Jesús. Lo esencial ahora era confesar el mismo Credo que el Emperador y que toda la iglesia universal.

Seguimos obsesionados, tantos siglos después, con la ortodoxia, las palabras correctas, esas ideas exactas que atestiguan la corrección de nuestra fe, que si fuera diferente ya no tendría ningún poder salvador. Sospechamos que si nuestras convicciones no fueran las exactamente correctas, estaríamos condenados a la perdición eterna.

¡Qué diferente resulta la convicción de los judíos de que son de suyo, por nacimiento, el pueblo escogido de Dios, ese pueblo que cuando venga el Mesías será todo él salvo y sus muertos resucitarán para salvación eterna! No es por las ideas que tengan en la cabeza. No es porque crean exactamente los conceptos que es necesario creer. Es por ser quien son, como

[3] Por orden del emperador Teodosio II, en 416 d.C. *Ibíd.*, p. 183.

pueblo escogido. Y se manifiesta ser judío, pertenecer a ese pueblo escogido, al conservar sus tradiciones y concretamente, al cumplir los Mandamientos.

Por cuanto esto es así, la belleza del pensamiento judío consiste en su disposición a debatirlo todo. En sus debates, que siguen el patrón del propio Talmud, citan a unos rabinos luego a otros, buscan alguna cita oscura con una opinión curiosa de una de sus autoridades antiguas que pudiera ofrecer un punto de vista novedoso. Lo importante aquí no es la conclusión. ¡Ya sabemos cuál será la conclusión: que hay que estudiar la Torá y guardar los Mandamientos! Lo importante de los debates no es eso, sino el propio acto de debatir. Lo importante es la libertad para explorar diferentes alternativas, hallar interpretaciones novedosas que sin embargo tengan algún respaldo en las autoridades escritas.

¿Pero y si esta cualidad que muestra el Talmud y muestran los debates del judaísmo rabínico y también manifiestan claramente los apóstoles y el Nuevo Testamento, fuera algo parecido a la forma como ya discurrían y argumentaban los autores del Antiguo Testamento? ¿Y si ya en la forma que toma la redacción de la historia de Israel, no estuviéramos viendo nada más que la punta del iceberg, una pequeña porción visible de un inmenso debate acerca del sentido de la historia nacional de Israel?

¿Y si en la redacción de los libros del Antiguo Testamento —guiados en esto mismo por el Espíritu Santo que los inspiraba— no todo el mundo opinaba lo mismo? ¿Y si sucedía entonces como sucede ahora, que aunque uno sea profeta del Señor, no es nunca fácil ni automático entender los caminos de Dios y se nos mezclan nuestras opiniones y nuestros prejuicios y la formación que hemos recibido desde pequeños? ¿Y si fuera esto mismo, esa diversidad de opiniones, esa búsqueda dialogada por hallar sentido a la vida ante Dios y en

relación con el prójimo, lo que significa decir que estos libros hayan sido «inspirados»?

Debates alzados al rango de Escritura

Al final la cuestión no es que si los relatos históricos del Antiguo Testamento están inspirados por Dios. Considero que ese es un debate que no viene a cuento abrir, por cuanto es algo que se puede dar por aceptado como billete de admisión al debate sobre el mensaje de la Biblia.

La cuestión es que aunque admitamos como dogma, como punto de partida, esa inspiración divina de la Biblia, sin embargo eso nunca ha significado que cada una de las palabras y opiniones que allí hallamos, refleja la Verdad a que el Espíritu desea conducirnos.

La Biblia dice: «No hay Dios». Viene en un salmo, donde pone que el necio dice en su corazón que no hay Dios. ¿Está inspirado ese salmo, aunque contenga la afirmación de que no hay Dios? ¡Por supuesto que está inspirado! Sólo que hace falta reconocer que esa frase aparece como parte de un debate, donde la opinión que sostiene será rebatida o negada como necedad.

Los largos discursos de Elifaz, Bildad, Sohar y Elihú en el libro de Job, atribuyen a «la justicia divina» todo el sufrimiento y el infortunio que puede padecer una persona. En efecto, «la Biblia dice» que esto es así, por cuanto viene en el libro de Job. Sin embargo el mensaje del libro de Job es precisamente el contrario a esa idea. ¿Fue inspirada por el Espíritu de Dios la redacción de los discursos de los amigos de Job? ¡Por supuesto! Sólo que hace falta reconocer que esa opinión aparece en el texto bíblico como parte de un debate, un debate que desemboca en la opinión contraria.

Ahora he venido a observar otra cosa que considero análoga: Para los cristianos, el desenlace de la historia de Israel en los relatos del Antiguo Testamento, sucede cuando los evangelios nos cuentan cómo fue Jesús y de qué manera murió. Pero si esto es lo que significa ser el Mesías, si esto es lo que significa ser igual al Padre, estar en el Padre como el Padre está en el Hijo, si esto es lo que significa reinar sobre la humanidad así como Dios Padre reina sobre la humanidad, entonces es legítimo replantearnos el sentido que pueda tener para nosotros la historia entera del pueblo de Dios. No solamente es legítimo, resulta que venía siendo obligatorio.

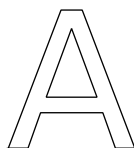
Sólo que para esto también era necesario reconocer la existencia de un debate recogido en el texto bíblico: Un debate enérgico y de siglos de duración, sobre qué es lo que significa esa historia y qué es lo que significa ser escogidos como pueblo de Dios para santificar su Nombre. Un debate cuya resolución final solamente es posible a la luz de Jesús, pero que tampoco sorprende del todo porque ya venía siendo anticipada por multitud de pequeños detalles que van apareciendo cuando leemos con detenimiento y atención los relatos históricos del Antiguo Testamento.

No es obvio pero tampoco es descabellado, llegar a la conclusión de que «el mensaje de la historia del Antiguo Testamento» desemboca en seguir a Jesús, imitar su forma de vivir y de morir, renunciar a matar a nadie sino al contrario, amar hasta al enemigo. No es obvio, porque el propio Antiguo Testamento nos lo presenta a manera de diálogo y debate. Deja a cada cual hablar, deja a cada profeta profetizar, deja a cada salmo alabar a su manera, deja a cada rey y general expresar su convencimiento de defender la causa de Dios por la fuerza y matando.

Y todo esto podría conducirnos a cualquier tipo de conclusión, si no fuera que al final apareció Alguien que dijo: «Yo soy

el camino, la verdad y la vida» —ofreciéndonos sus propias conclusiones sobre cómo actúa de verdad Dios en la historia.

7. Éste es mi hijo amado. Hacedle caso

l cabo de cada una de las cuatro conferencias sobre las que se construye este libro, hubo entre los asistentes a Taller Teológico Breve de SEUT, un tiempo para las preguntas y el debate. Quisiera ahora, en estas últimas páginas, abordar algunas cuestiones suscitadas en ese diálogo con los asistentes.

Mía es la venganza

Una inquietud que surgió es la que deviene de desplazar a Dios la potestad y realidad de ejecutar una venganza terrible contra el ejército enemigo, con la aniquilación del ejército de Faraón como paradigma.

Hoy en España y sospecho que en muchas otras partes también, como han pasado una o dos generaciones desde nuestra última guerra, solemos olvidar el sentimiento de odio a todo un colectivo enemigo, ese deseo irresistible de que caiga muerte y destrucción ilimitada contra quienes se han conducido salvajemente contra la familia y los conocidos de uno mismo.

Al desconocer la pasión de odio y sed de venganza que suscitan las guerras, nos parece natural ponernos en la piel del soldado enemigo y considerar que probablemente está ahí porque no ha podido evitarlo. Que es un ser humano como cualquier otro, con una madre y familia, tal vez una novia o

esposa, que le esperan con ternura en casa. Que es una persona que si bien es posible que cometiera atrocidades, lo hacía porque no encontraba la forma de desobedecer órdenes inhumanas sin pagarlo con la propia vida. Nos descubrimos capaces de comprender que la mayoría de las atrocidades de guerra se cometen por miedo, por adoctrinamiento y lavado de cerebro, por motivos que suelen estar fuera del control del que no tiene más remedio que hacer lo que le mandan.

Sí, puede ser que algunas personas de personalidad retorcida, descubran en la guerra que disfrutan de matar y hacer sufrir. Pero sabemos que la inmensa mayoría de los crímenes de guerra los cometen personas que no han perdido —no del todo— su humanidad.

Entonces es posible ponerse en la piel de los miles de soldados a las órdenes del faraón egipcio en tiempos de Moisés. Comprender que no están ahí porque les produzca placer matar esclavos fugados de Egipto, no están ahí porque se han presentado voluntarios para perseguir a los hebreos que huyen con Moisés.

Pero si esto es así, entonces resulta especialmente terrible atribuir a Dios mismo el haber aniquilado a todo el ejército de Faraón, sin dejar sobrevivientes. Si hubieran sido los propios hebreos, bueno, aunque no aprobáramos del todo sus medios, podríamos comprender su motivación, su propio miedo y el deseo de defender sus familias. Habría también una cierta sensación de justicia y equidad en el sentido de que en batalla cada egipcio caído podría al menos haber intentado defenderse o esconderse. Pero si es el propio Dios el que mata a justos y pecadores a la vez, a culpables e inocentes con el mismo Mar Rojo, a comandantes crueles y a soldados arrancados a la fuerza de sus granjas familiares, entonces, ¿qué clase de Dios es éste, cuya venganza es tan indiscriminada, cuya justicia es tan injusta?

¿En qué hemos avanzado, si Dios mismo ejecuta la venganza sobre Faraón segando las vidas de cientos de miles de seres humanos que nada han podido influir en las decisiones políticas y militares que los han traído al Mar Rojo? ¿En qué hemos avanzado en el sentido de adorar a un Dios superior, un Dios más compasivo y misericordioso que los dioses de los paganos? ¿No es más o menos así como los paganos entienden que actúan también sus dioses?

No creo que sea capaz de responder a esta inquietud de tal manera de satisfacer a nadie. Pero puedo intentar aproximarme a una respuesta que me satisfaga a mí:

Me parece que la única forma de evitar esta pregunta es negar rotundamente que Dios tenga esa clase de poder y autoridad sobre su creación y sobre la humanidad. Y el problema afecta mucho más que el episodio del Mar Rojo. Tiene que ver con todos los desastres de muerte multitudinaria, tanto los desastres naturales como los provocados por los seres humanos y nuestros políticos y militares. El problema surge en cuanto planteamos la posibilidad de que Dios pueda, en efecto, de verdad, proteger al inocente. Porque una de las realidades terribles de la condición humana es saber que los desastres sí ocurren. Que los terremotos y tsunamis y huracanes, las guerras y hambrunas provocadas por plagas o por métodos no sostenibles de explotación agropecuaria, son algo que siempre ha estado presente a lo largo de toda la historia de la humanidad.

Algunos calculan que cuando los pobladores de aquella isla del caribe descubrieron a Colón en sus playas en 1492, había en las Américas 100 millones de habitantes; pero un siglo más tarde, solamente quedaban 10 millones. No es que fueran tan malos los españoles (aunque también); la increíble mortandad

fue provocada por la viruela y otras enfermedades para las que aquella población no tenía inmunidad.

Entonces la cuestión de fondo no es si nos resulta reconfortante o no pensar que Dios puede defender a su pueblo con una matanza indiscriminada como la del Mar Rojo. La cuestión es que nos resulta humanamente imposible entender que se pueda decir, con la misma boca, que Dios es bueno, Dios es amor, Dios es justo y compasivo y misericordioso; pero también que Dios es poderoso, que Dios tiene poder y potestad para intervenir en los asuntos de la humanidad para defender al inocente. Siempre que queremos sostener ambas cosas, el amor y la justicia pero también el poder de Dios, descubrimos que las cuentas no nos cuadran.

Ante este dilema, hay quien niega que Dios sea ni justo ni bueno ni amor. Dios sería entonces absolutamente indiferente a la condición humana, que le traería sin cuidado. Dios es demasiado poderoso como Creador de todo lo que existe, como para inmutarse por lo que le pueda pasar a ningún individuo en particular, en uno de los planetas de uno de los sistemas solares de una de las galaxias de uno de sus universos, de lo que bien pudiera ser una infinidad de universos paralelos que él también ha creado y también sustenta. Dios es poderoso, sí, pero no le importamos.

Otra forma de verlo sería optar por el amor inmenso e infinito de Dios por cada uno de nosotros, personal e individualmente. Pero que sin embargo no puede intervenir en el devenir de la historia humana. Tiene las manos atadas. Está a nuestro lado con amor y compasión, nos hace notar su presencia y consolación en los momentos terribles que nos toca a todos padecer a veces en la vida. Su Espíritu nos llena de amor y nos desborda de gratitud por el privilegio de conocerle y de saber que nos acompaña. Pero no puede detener el curso de la historia, no puede impedir un huracán o

la erupción de un volcán, o que las estupideces de nuestros políticos nos lleven a una guerra donde morirá la flor y nata de nuestra juventud, consumidos como carne de cañón.

O bien Dios puede y no quiere, o ya quisiera pero no puede.

En otras palabras, lo del Mar Rojo no sucedió porque es imposible que sucediera. Puede ser que hubiera esclavos que huyeron de Faraón y puede ser que todo el ejército de Faraón pereció en el Mar Rojo. Pero Dios, desde luego, no tuvo nada en absoluto que ver.

Yo, sin embargo, prefiero convivir con la paradoja, con el misterio imposible de comprender con este humilde cerebro humano. Yo me reafirmo en insistir que aunque las cuentas no cuadren, aunque carece de sentido lógico, aunque es una paradoja y contradicción, Dios si puede y sí quiere. Dios sí ama y sí es poderoso. Por consiguiente, hay cosas —siempre las habrá— que escapan a mi comprensión. Habrá situaciones donde parecerá (pero no será cierto) que a Dios no le importamos. Y habrá situaciones donde parecerá (pero no será cierto) que Dios no puede proteger al inocente.

No es una solución, ya lo sé. Es solamente una confesión de fe, una confesión de amor a mi Dios, al Padre de Jesús mi Maestro. Es también confesar que es infinitamente más lo que jamás lograré comprender adecuadamente, que lo que sí entiendo.

Pero que entre las cosas que sí entiendo, con claridad diamantina, están la conducta y las actitudes que Jesús mi Maestro me instruye a tener con el prójimo: Amarlo como a mí mismo. Considerar al enemigo con la misma predisposición favorable que al amigo. Saber ponerme en la piel del otro y tratarlo como quisiera yo ser tratado. Nunca jamás devolver mal por mal, no importa cuáles sean las circunstancias.

Acepto también la opinión de Jesús, de que esto supone parecerme a Dios como un hijo se parece a su padre. Porque él «hace amanecer su sol sobre malvados y buenos y llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45).

Pero… ¿de verdad sucedieron estas cosas?

Ciñéndome en esto a lo que afirman muchos de los mejores expertos sobre la vida hace miles de años en el Oriente Próximo, yo no tengo claro que aquello del Mar Rojo sucediera. Hoy día se estila poner en duda afirmaciones sobre todo aquello de lo que no tenemos datos suficientes, suficientemente contrastados. Da igual que estemos hablando de historia como de nutrición como de química o lo que sea. Lo importante es las evidencias concretas, que la información se haya contrastado adecuadamente.

En la antigüedad, hace miles de años cuando surgen los libros del Antiguo Testamento, se estilaba aceptar implícitamente que las afirmaciones que venían en libros sagrados, a los que se atribuía procedencia divina, eran siempre ciertas. No solía figurar nunca el nombre de un autor, solamente la identidad del ser divino que había revelado la información y del profeta o rey o antepasado al que se la había revelado. Esto constituía evidencia más que suficiente para aceptar cualquier afirmación hallada en un libro de estas características.

Hoy no es que los historiadores se ceben con especial ensañamiento con la historicidad de los relatos bíblicos. Es que ya nadie acepta por las buenas ninguna información, de ningún tipo, por la sola autoridad de que al libro donde viene, se le atribuya inspiración por parte de algún ser sobrenatural.

Lo que se pretende es que haya evidencias fiables y contrastadas, respecto a cualquiera afirmación que se venga a hacer sobre hechos históricos. Si es posible, información de primera mano. Para una historia de la Segunda Guerra Mun-

dial, por ejemplo, hace falta indicar cuál es la documentación que se ha consultado en los archivos nacionales de los diferentes países que participaron en la contienda, cuáles son las opiniones contrastadas de diferentes expertos e historiadores que han cotejado unos documentos y otros para llegar a sus conclusiones. Si no existe ese tipo de documentación —para eventos más distantes en el pasado, por ejemplo— entonces por lo menos debería poder citarse cualesquier tipo de evidencias, directas o indirectas, que inclinan al historiador a hacer determinadas afirmaciones sobre lo que sucedió.

Siempre es posible algún descubrimiento en ruinas egipcias donde alguien de aproximadamente la época cuando el episodio del Mar Rojo, hubiera tallado en piedra un relato de ese mismo episodio desde el punto de vista egipcio. Esto haría subir enteros la credibilidad del relato del libro de Éxodo.

A falta de ningún tipo de confirmación externa, sin embargo, hoy día se estila ver ese relato como literatura con una finalidad religiosa, como relato aleccionador, tal vez como parábola o recurso didáctico para instruir a los adoradores del Señor Dios de Israel. Esto en realidad hace variar muy poco el uso que podemos dar al relato de Éxodo los creyentes. Nosotros de todas maneras ya veníamos utilizando el libro de esta manera: como instrucción divina sobre conductas a seguir hoy, mucho más que solamente como fuente de información histórica sin ninguna importancia en absoluto para el presente.

Esto nos pone en la dificultad de tener que decidir si nos parece o no verosímil, en cualquier caso, que Dios tuviera esa clase de poder y disposición personal divina, como para intervenir de esa manera a favor de su pueblo que espera en él.

Al final esto se resuelve, supongo, basándose cada individuo en la experiencia personal que tiene en relación con Dios. O el Espíritu Santo te confirma en el interior de tu ser, misteriosa y soberanamente, que en efecto podemos confiar en él… o no. A mí, por ejemplo, no me cabe la más mínima duda que Dios ama incondicionalmente a su pueblo y que si él quisiera, tiene poder de sobra para vaciar y volver a llenar ya no solamente el Mar Rojo, sino todos los océanos del mundo, para salvar a su pueblo. Pero reconozco que esa es una afirmación de fe personal. No tengo evidencias externas a las que ceñirme para semejante afirmación —una afirmación que otros juzgarán infantil y sin fundamento. Sólo tengo un convencimiento interior.

Observo, eso sí, que el pueblo de Dios ha sobrevivido conmociones terribles, desde persecuciones, hasta episodios de peste bubónica que borraron pueblos enteros del mapa, huracanes, desastres de todo tipo y más persecución. Y que a pesar de todo ello, aquí seguimos, más numerosos que nunca, difundidos por todos los países de la tierra, nuestra Biblia traducida a prácticamente la totalidad de los idiomas en uso hoy día.

No me siento capacitado para afirmar rotundamente que el episodio del Mar Rojo haya pasado o no. Lo que sí puedo decir es que me parece perfectamente posible y aceptable confiar en la bondad y protección de Dios hoy, jugármelas todas a que Dios es digno de la confianza que en él deposita su pueblo. Jugármelas todas a que si esperamos en quietud y renunciando a devolver mal por mal, Dios será fiel con los que en él esperan.

Ahora bien, aunque nosotros hoy día, con nuestra manera de desconfiar de cualquier información para la que no haya evidencias exteriores contrastadas, podamos llegar a dudar que el episodio del Mar Rojo sucedió, tenemos que reconocer

también que esta actitud es moderna. Es un producto de nuestro tiempo y de nuestro mundo presente. No es legítimo poner en duda, entonces, que Jesús sí creyera que esto sucedió. Porque Jesús no vivió en el siglo XXI sino en el siglo I. En su día las afirmaciones sobre hechos históricos se regían con otro tipo de reglas. En su día podían ser creíbles por el sólo hecho de aparecer en los libros sagrados de Israel.

Me parece verosímil, entonces, que creyendo Jesús a rajatabla el relato del libro de Éxodo, él se sintiera perfectamente seguro en su convicción de que Dios es capaz de defender a los que a él se fían. Y que por eso él se encomendó al Padre y se dispuso a morir mansamente en la cruz, confiando que esa muerte no pondría punto final eterno a su vida y a su testimonio.

Volvemos otra vez a lo mismo. Si alguien no comparte la fe de Jesús, que lo admita. Lo que no podemos hacer es insistir que como nosotros ya no creemos, entonces Jesús tampoco pudo creerlo. Sea o no cierto el episodio del Mar Rojo, estamos obligados a decidir si nos fiamos bastante de Jesús como Maestro, como Camino al Padre, como para poner en juego esa misma confianza en Dios que movió a Jesús a atreverse con la cruz.

Sic transit gloria mundi

Así pasa la gloria del mundo. A lo largo de estas conferencias he venido a sugerir que los propios sabios escribas de Israel que nos legaron el Antiguo Testamento, venían escribiendo con la intención de que viéramos que las victorias militares de Israel, de poco valieron. Que esas victorias tuvieron un efecto efímero. Que en absoluto avanzaron los propósitos de Dios para la humanidad. He venido a sostener que la reflexión a que querían que llegáramos al leer la historia completa del pueblo de Israel, es que aquellas gentes se

equivocaron cuando confiaron en sus propias armas en lugar de descansar solamente en la salvación de Dios.

Y que en la medida que imaginaron que era Dios mismo el que los impulsaba a levantar armas mortales contra el prójimo, estaban trágicamente equivocados. Equivocados sobre cómo Dios cumple sus propósitos en la tierra, equivocados sobre cómo ve Dios a cada ser humano —por muy falsos que sean sus dioses o incorrectas sus convicciones.

Dios es amor. Su relación con nosotros, que es como lo hemos llegado a conocer, es en el papel de Salvador. ¿Por qué iba a ser Salvador nuestro, pero Destructor del prójimo? ¿Por qué no iban a poder conocerlo todas las gentes de la tierra también como Salvador, igual que nosotros? ¿Tan especiales nos creemos? ¿Tan irredimibles ellos?

A lo largo de estas conferencias hemos recordado cómo los amigos de Job parecen estar dando en la tecla acertadamente, con hondo discernimiento espiritual e intachable amor a Dios, en cuanto a cómo funciona la justicia de Dios —pero se equivocan. Y hemos sugerido que esto mismo es lo que sucede en aquellos pasajes en la Biblia donde la gente profetiza u oye declarar a ángeles o intuye interiormente, que Dios desea que su pueblo luche por Dios y por la patria. Porque Dios no necesita que nadie luche por él; y en cuanto a la patria, si Dios de verdad está interesado en protegerla, ya sabrá él cómo hacerlo sin que manchemos nosotros nuestras manos con la sangre del prójimo.

El meollo de la cuestión que venimos tratando, entonces, es que vamos a tener que aprender a leer entre líneas, leer con discernimiento y con auténtico conocimiento de Dios, los relatos del Antiguo Testamento. Leer esos relatos como todo parece indicar que los leía el propio Jesús: como una invitación a abandonar nuestra propensión ancestral a pensar que nuestros males se solucionarán si matamos enemigos.

He querido invitar a considerar que esta conclusión y estas reflexiones son tan verosímiles, tan posibles, como lo contrario.

No es así como se suele entender. Lo habitual es pensar que personas como Josué y todos los generales o «jueces» victoriosos de Israel, así como el rey David, actuaron por expreso mandamiento de Dios, cumpliendo fielmente su divina voluntad. Es la conclusión a la que casi nadie sería capaz de poner en duda que querían llevarnos los autores de los relatos bíblicos.

Ante esta realidad de opinión tan inmensamente mayoritaria, solamente me parece posible sembrar la duda: expresar la opinión de que esta otra forma de pensar también resulta verosímil. Y que, de hecho, es la que más se ajusta a la necesidad de explicar por qué Jesús no fue un militar victorioso como su antepasado David, para rescatar a su pueblo de la opresión del romano pagano e incircunciso.

He venido a sugerir, entonces, que una motivación verosímil para la forma que los autores de los relatos bíblicos dieron a la historia de Israel, fue que al leer cómo termina tan mal lo que tan bien parecía empezar, nos diéramos cuenta que la gloria de las victorias militares es pasajera; que sus presuntos beneficios son transitorios y se esfuman con el tiempo. Y peor: que lo que empieza con actos de violencia solamente puede acabar con violencia, por el principio que ya observó Jesús, de que quien vive por la espada, a espada suele morir.

Y que esto es por una realidad moral de esas que rigen sobre todo el universo creado por nuestro Dios y Padre: que los fines jamás justifican cualquier medio para obtenerlos sino que al revés, los medios inmorales contaminan siempre los fines, tornándolos inaceptables, manchándolos de culpa y corrupción.

Ahora bien, se podría objetar que esta misma conclusión sobre la futilidad de las guerras y sobre la transitoriedad de los reinos de este mundo, podría resultar igual de verosímil aplicada a cualquier otra narrativa histórica. Podría aplicarse, por ejemplo, a cualquier historia de la civilización china o de la revolución francesa y las guerras napoleónicas. Y sin embargo es difícil alegar que todos los libros que narran la historia de los reinos de este mundo, tienen como finalidad aleccionarnos sobre lo inútil que es la guerra, enseñarnos que lo que empieza con atrocidades, mal acaba.

En efecto, Sí.

Si, por una parte, es posible entender así cualquier relato histórico de cualquier país o civilización del mundo. Todo este mundo, todas las civilizaciones de la humanidad, están viciadas por orígenes violentos, llenos de muerte, guerra y violaciones sistemáticas de derechos humanos. Por consiguiente, cualquiera historia que narremos de la humanidad, contiene estos inicios aparentemente victoriosos que llevarán siempre, inexorablemente, a la desaparición final por la corrupción moral que les es inherente. Cada uno de nuestros países presentes nacieron corruptos y acabarán su ciclo, con el tiempo, en corrupción. Quien tuviera la inquietud moral suficiente, bien podría llegar a esta misma conclusión leyendo historia «secular», a que llego yo leyendo el Antiguo Testamento.

Y sí, por otra parte, es imposible alegar que por consiguiente, todo aquel que cuenta historia humana lo hace con la finalidad de enseñarnos que deberíamos cuidarnos mucho de glorificar los éxitos bélicos de nuestros antepasados. Desde luego, no es esa en absoluto la finalidad con que se escriben los libros de historia. No es creíble alegar tal cosa. Más bien todo lo contrario.

Mi tesis tiene que entenderse, entonces, en un sentido mucho más limitado. No tanto que la historia de Israel en el Antiguo Testamento se escribió expresa y conscientemente con esa finalidad, como que en un intento de comprender la enseñanza de Jesús, descubro que esta otra interpretación también es verosímil y parece ser, en efecto, la conclusión a que llegó Jesús.

Podría ser, tal vez, que los sabios escribas de Israel —o el Espíritu Santo que los inspiró—, acaso tuvieran este tipo de conclusión en mente. Desde luego, si ese es el caso, habría que admitir que lo dejan muy al estilo de las parábolas de Jesús, como conclusiones a las que es libre de llegar —o no— cada oyente particular que se enfrenta con estas historias.

Pero por cuanto Jesús, en tanto que rabino judío, hubo necesariamente que fundar su pensamiento en la Ley y los Profetas; y como sabemos cómo es que interpretó él su responsabilidad como Rey de los judíos, es lógico suponer que él sí interpretó esta historia de tal manera que le llevara a renunciar a la violencia y explorar otras formas —más esperanzadoras y eficaces— de influir en la historia.

Volvemos entonces, siempre hemos de volver, a la cuestión de si aceptaremos o no la enseñanza de Jesús —sus palabras, pero también su conducta y su muerte que los apóstoles consideraron un ejemplo rutilante para nosotros. Pero si rechazamos su enseñanza y su ejemplo, es difícil seguir alegando que somos sus seguidores o que él sea, en algún sentido, nuestro Rey y Salvador. A Jesús hay que recibirlo entero, no solamente las partes que nos convenzan. Si lo queremos como Salvador y Señor, también vamos a tener que aceptarlo como Maestro.

En el Monte de la Transfiguración

Un buen día los discípulos de Jesús se encuentran con una escena asombrosa, que los llena de pasmo y de fervor religioso. Jesús se ha transformado ante sus ojos y está hablando nada menos que con Moisés y con Elías. Según el Evangelio, estos tres están conversando sobre el «éxodo»; presumiblemente, sobre la inminente liberación de Israel de su dura opresión bajo el Imperio Romano.

En una primera apreciación, estos tres resultan lo más señalado de la historia de Israel. Representan ante nuestros ojos el sentido y propósito de las narraciones del Antiguo Testamento. Parecerían resolver entre ellos, el enigma de cómo actúa Dios en la historia de la humanidad. Estos tres parecen merecer, cada uno de ellos, una enramada como señal de devoción a su legado histórico y religioso:

Moisés, el paradigma histórico, donde Dios mismo aniquiló sin piedad a los enemigos nacionales.

Elías, que en un arrebato de santa furia, aniquiló a espada a los cuatrocientos profetas de Baal.

¿Y Jesús? Bueno… A ver… Jesús en breve iba a ser asesinado brutalmente por el incircunciso romano sin haber movido un dedo para defenderse, sin jamás haber empuñado un arma para liberar —ni para purificar de errores— a su pueblo Israel.

¿Cómo actúa Dios en la historia?

Ahora se oye una voz que llega desde el mismísimo Cielo:

—Éste es mi hijo amado. Hacedle caso.

Epílogo

La enseñanza medular de Jesús

Si hay una enseñanza que resulta medular de Jesús, un tema que es característico de Jesús y de los apóstoles, irrenunciable a lo ancho de todo el Nuevo Testamento, tiene que ser la idea de no devolver mal por mal, sino combatir el mal con el bien.

Esto debería ser obvio, con respecto a Jesús, para cualquier persona que lea los evangelios. Y debería ser obvio, con respecto a los apóstoles, para cualquiera que lea las epístolas y el Apocalipsis.

En el transcurso de los primeros siglos, la iglesia cristiana fue dando la espalda paulatinamente a Jesús como Maestro, para transformarse en una religión de especulaciones acerca del poder mágico de la fe, la divinidad de Cristo, la infalibilidad de las Escrituras, un poder divino delegado en las autoridades eclesiales… Cualquier cosa menos el énfasis claro de Jesús en amar al prójimo y hasta al enemigo, cualquier cosa menos su idea central de combatir el mal con el bien.

Transformar la fe y enseñanza del propio Jesús y de sus seguidores inmediatos en especulaciones religiosas, distanció al cristianismo de sus raíces en el judaísmo y en el Antiguo Testamento. Los cristianos escogieron identificarse con el Imperio Romano y distanciarse del pueblo judío. Pero como a pesar de ello seguían sosteniendo que el Antiguo Testamento era irrenunciable como Sagrada Escritura, se apropiaron de la historia de Israel para confirmar su idea de que los métodos

del imperio eran esencialmente correctos. Lo único que tenía que cambiar el Imperio, era abandonar el politeísmo y abrazar el monoteísmo; olvidarse de sus dioses tradicionales y adoptar el de los cristianos.

Lo que no se dieron cuenta, era que al dar crédito a una interpretación de la historia de Israel que aprobaba de la conquista militar y la imposición de la religión por la fuerza, desde arriba, estaban negando legitimidad a las conclusiones a que parece haber llegado Jesús sobre cómo actúa Dios en la historia.

Ya no necesitaban a Jesús como rey de verdad sobre esta tierra, porque lo habían relegado cómodamente a rey en el cielo, al que había que adorar pero al que no hacía falta hacer caso. Al, que había que hacer caso era al emperador en Roma.

¡Esto habría escandalizado y dejado boquiabiertos a los autores del Nuevo Testamento! Ellos consideraban que el emperador era 666 y la Bestia; y que Roma era la Gran Ramera, Babilonia, que estaba por caer por efecto del poder sobrenatural del Cordero inmolado. Y consideraban que la victoria y el poder del Cordero consistía en que prefirió entregar su propia vida antes que tomar la vida ajena.

Referencias bibliográficas

Uno de los motivos por los que este presente librito pueda ser tan breve, es que algunas cosas que bien podría haber añadido, ya se encuentran en otros escritos que vengo publicando desde hace décadas.

En particular, mi compendio de diferentes escritos sobre el tema de la invitación de Jesús a la lucha no violenta contra el mal, trae mucho material que podría haber figurado aquí. En ese compendio, con el título de *Genocidios y No violencia* (2ª ed. ampliada, 2014, Biblioteca Menno), vienen reunidos dos

libritos: *Jesús y la no violencia* (1993) y *Los genocidios en la Biblia* (1997); y diversos otros trabajos posteriores.

Ya en el primer librito, *Jesús y la no violencia*, había un capítulo sobre «El problema de la guerra en el Antiguo Testamento», que adelanta algunas de las ideas que he desarrollado aquí. En el segundo, el primer capítulo, del que toma título el libro entero, «¿Cómo se entienden los genocidios en la Biblia?», también explora las dificultades que pueden generar, para la moral cristiana, algunas partes del Antiguo Testamento. De la tercera sección, tal vez señalaría entre otros trabajos, estos tres: «Números 31. Historias inmorales en el texto sagrado»; «La familia de Dios en un mundo violento y cruel»; y «Educar para la justicia y el perdón».

Pero, realmente, si a usted le ha interesado este librito presente y no ha tenido todavía oportunidad de leer *Genocidios y No violencia*, espero que no sea considerado demasiado falto de modestia de parte mía, sugerir que tal vez todo él le pueda interesar.

Aparte del tema de mantener en alto el principio «jesucéntrico» de nunca en ningunas circunstancias devolver mal por mal sino responder siempre con el bien, en este librito hemos tratado mucho sobre la Biblia misma. Hemos tocado cuestiones de inspiración bíblica, hermenéutica (interpretación bíblica) y en general, cómo hemos de valernos de la Biblia como guía y palabra de Dios que orienta la existencia humana. Se habrá observado una cierta libertad que me tomo de abordar la Biblia como obra literaria —o mejor, como colección de obras literarias.

He tratado estas cuestiones también más ampliamente en otros escritos. En el ya mencionado «Números 31: Historias inmorales en el texto sagrado», la cuestión es de importancia capital. Pero es el tema que ocupa el primer volumen de mi

trilogía sobre la Biblia, *La autoridad de la Palabra en la Iglesia* (4ª ed. 2014, Biblioteca Menno). Allí podría resultar de especial interés, tal vez, el capítulo sobre «Jesús y el Antiguo Testamento». Aunque sospecho que el libro entero será más útil que sus partes por separado.

El segundo volumen de dicha trilogía, *Todo lo que te preguntabas sobre la Biblia (Y algunas cosas que preferirías no saber)* (2ª ed. 2014, Biblioteca Menno), entra en mayor detalle acerca de la naturaleza de la Biblia como literatura humana a la vez que inspirada. Allí he tratado con algo más de amplitud las dificultades que entraña intentar coordinar los relatos bíblicos con la historia que se puede reconstruir a partir de datos arqueológicos. Y por consiguiente, exploro también los otros muchos usos que tiene de todas maneras la Biblia para edificarnos e instruirnos en formas sabias de vivir ante Dios y con el prójimo. Los cristianos tenemos que recuperar la consideración de la Biblia como instrucción para vidas morales y éticas y espirituales, que no particularmente como fuente de información sobre un pasado muy remoto en el tiempo.

Y en el tercer volumen, *Hablar sobre Dios desde la Biblia* (2ª ed. 2014, Biblioteca Menno), ofrezco un ejemplo de cómo se puede emplear la totalidad del testimonio bíblico, desde Génesis hasta Apocalipsis, para construir una visión positiva, una visión de futuro, para la humanidad entera en relación con nuestro Creador.

Si este libro ha sido de su agrado, tal vez le interesen algunos otros títulos de Biblioteca Menno.

www.menonitas.org/biblioteca_menno



¿Cómo es que Jesús, sabiéndose «rey de los judíos» y conociendo la historia y los antecedentes de su nación, haya resultado tan distinto en su manera de ser y actuar, a personajes insignes como Josué, David o Salomón?

¿Cómo leyó y entendió Jesús la historia de su pueblo?

Con estas preguntas en mente, Byler se propone aquí delucidar el sentido que tiene la historia que narra el Antiguo Testamento, de principio a fin.

Los libros de la Biblia se escribieron para recitar enteros, de memoria. Aunque la división en capítulos y versículos puede resultar útil para determinados fines de estudio detallado, no conviene olvidar que están concebidos como un todo, con un mensaje y un propósito general.

Pero tal vez la colección entera del Antiguo Testamento, vista en su totalidad, encierre también su propio mensaje. Esto nos obligaría a ver las narraciones históricas de la Biblia no como una serie de revelaciones divinas inconexas entre sí, sino como una obra literaria coherente, impulsada toda ella por una idea clara de adónde quiere ir a llegar.

DIONISIO BYLER es profesor de Biblia en la Facultad de Teología SEUT (El Escorial, España), y Secretario de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo - España). Es autor de diferentes libros; entre ellos, su *Trilogía sobre la Biblia*, publicado también por Biblioteca Menno.